BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LA GUERRA DE LOS SEXOS

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LA GUERRA DE LOS SEXOS

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION

FAISA



RALPH BARBY

LA GUERRA DE LOS SEXOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 282
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS
PUBLICADAS EN ESTA

COLECCION

277 — Los últimos días de la Tierra. — *A. Torkent.*

278 — El mundo que nunca existid. — *Curtis Garland.*

279 — La invasión de Hirk. — *Kelltom McIntire.*

280 — Los cien días de la Gorgona. — *Curtis Garland.*

281 — El asteroide asesino. — *Glenn Parrish.*

ISBN 84-02-02525-0 Depósito legal: B. 45.313 -1975

Impreso en España · Printed in Spain

1.a edición: enero, 1976

Impreso en los Talleres Oráticos de Editorial Bruguera, S. Mora la Nueva, 2 · Barcelona ·

1976

CAPITULO PRIMERO

Ald Flashman fue despertado por la acuciante llamada de la chicharra, que se cuido de arrancarle de su sueño controlado.

Alargó la diestra y pulsó varias teclas que había en un panel al alcance de su mano, junto a la litera. De inmediato, aparecieron en la pantalla a color y tridimensional, imágenes de la cabina de

control y mando de la nave *Scout of Space.*

De pronto, uno de los paneles, el de detección de cuerpos extraños, le inundó con su intermitencia roja, advirtiéndole que algo no controlado surcaba el espacio, a no excesiva distancia de la *Scout of Space* pilotada por el comandante Flashman.

La nave de largo radio de acción era monoplaza, aunque, en caso de necesidad, podía llevar cuatro pasajeros.

Rápidamente, se sentó en la butaca anatómica de mando y comenzó a accionar clavijas y pulsadores en su panel. Una pantalla se iluminó con unos círculos y una luz azul cruzó dichos círculos. La luz azul era el cuerpo extraño.

Ald Flashman sabía que podía tratarse de un meteorito de tamaño regular.

El había salido de la base terrestre de Marte, en un vuelo de vigilancia en dirección a la

Tierra, por unas coordenadas que de antemano trazaba la computadora de vigilancia.

De este modo, él y otros como él, controlaban todo el espacio, creando una tupida red, que difícilmente podría rebasar una nave extraña no controlada.

Flashman pidió a la computadora oral que le diera los datos receptados y se mantuvo a la escucha.

—Nave extraña no controlada. Volumen, mil trescientos metros cúbicos. Forma, punta de flecha. Eslora, ciento cuarenta y tres metros. Combustible desconocido.

Al escuchar aquel último dato, Flashman frunció el ceño.

La computadora siguió facilitándole detalles sobre la nave detectada, que al propio tiempo quedaban escritos y magnetizados en la memoria de la computadora, de modo que siempre que lo desease podía exigirlos.

Sabía que cualquier sistema de combustible, fuera atómico o de tipo convencional,

sería computado e identificado por la *Scout of Space.* Sólo una nave

experimental podía utilizar combustible desconocido, pero le habrían advertido de ello.

Siempre se pasaba aviso al servicio de vigilancia del espacio para que no tuviera un tropiezo desagradable, puesto que podía ser atacada, ya que la autonomía de la *Scout of Space* era limitada.

Los datos que le proporcionaba la computadora le hacían comprender que la nave no estaba a la vista.

Flashman puso su nave en persecución de la extraña y enfocó su teleobjetivo. Observó

después en pantalla y sólo pudo ver un punto luminoso, que navegaba a gran velocidad hacia el planeta Tierra.

La velocidad era grande, desacostumbrada para una nave del peso detectado. Sólo las

Scout of Space, naves de combate en el espacio, podían igualarla.

Estaba demasiado lejos de Marte, también de la Tierra y la Luna para poder dar aviso. Decidió comprobar si le podía dar alcance y establecer comunicación con la nave extraña

que surcaba el espacio, como un meteoro, en dirección a la Tierra, donde semejaba que acabaría incrustándose.

La *Scout of Space* fue aumentando su velocidad.

Los poderosos motores atómicos la impulsaron en dirección a la nave desconocida.

—Atención, aquí *Scout of Space…* Atención, atención aquí la *Scout of Space.* Le habla el comandante Flashman. Atención, llamo *as* nave no identificada, navegando en dirección a la Tierra. Le estoy siguiendo a velocidad diez punto uno, aumentando. Atención, nave que se dirige al planeta Tierra, Sol tres, atención… identifíquese, identifíquese. Atención, aquí *Scout of Space* llamando a nave no identificada, que navega hacia el planeta Tierra, Sol tres, identifíquese o haré fuego, atención.

—Recibida llamada, recibida llamada —respondió de pronto una voz femenina que sorprendió a Flashman—. Me dirijo a Planeta Azul. No puedo detenerme, tengo avería. Repito, no puedo detenerme, tengo avería.

—Aquí *Scout of Space,* aquí *Scout of Space*...

Identifíquese, identifíquese. Fue inútil insistir.

La nave no le respondió y continuó a aquella velocidad endiablada, sólo propia de una nave espacial de combate monoplaza.

El pulgar de Ald Flashman quedó sobre el botón rojo de «ruego».

Los dos cañones de

proa estaban listos para disparar los dardos cósmicos, pero el dedo vacilo; no llegó a apretarlo.

Cambió la mano de lugar y recurrió a la memoria de la computadora que le devolvió la grabación de la voz femenina, con la respuesta recibida.

Aquella voz tenía un timbre extraño, desconocido para él. Era de mujer, pero una mujer firme, una miliciana, sin duda alguna.

¿Qué podía pretender una mujer miliciana, camino del planeta Tierra en aquella nave no identificada? ¿Debía destruirla? Quizá sus rayos cósmicos no fueran lo suficientemente efectivos- para lograrlo.

Recurrió al cañón de quilla. Hizo los cálculos con la computadora y esta vez si oprimió el botón de «fuego».

Se escucho un zumbido. De un orificio que había en la quilla de la *Scout* brotó un pequeño cohete atómico de alta velocidad que, inmediatamente, desapareció por delante de la proa.

Flashman sólo tenía que esperar.

Puso el teleobjetivo al máximo de su potencia y miró por él. Los segundos transcurrían lentos, pero a la vez implacables.

Al fin, aquel punto brillante que tenía en pantalla, gracias al teleobjetivo, vaciló frente a una gran esfera luminosa surgida en su proa. Era el cohete atómico que le había enviado como andanada, haciéndolo estallar frente a la proa de la nave no identificada como aviso y advertencia de que el siguiente disparo sería a dar.

Pero la nave extraña cruzó la gran esfera repleta de millones de grados Celsius, que hubieran derretido los mejores aceros terrestres y prosiguió su viaje hacia el planeta Tierra.

Flashman no daba crédito a lo que estaba viendo. Parpadeó, incrédulo.

Lo lógico era que la nave perseguida hubiera esquivado la esfera atómica, llena de

luminosidad y energía infrarroja, con millones de grados Celsius. Debía cambiar de rumbo o, por lo menos, sortearla y continuar su camino en dirección a la Tierra, nunca cruzar por el medio, ya que aquel tipo de cohete atómico se utilizaba incluso para fundir los meteoros peligrosos.

Sin embargo, la nave desconocida había cruzado por el centro de aquella esfera de

energía que tardaría por lo menos una hora en disolverse en el espacio y, al parecer, seguía sin problemas.

Aquello no era lógico, se decía Flashman. Ninguna nave terrestre podía cruzar aquellos pequeños soles atómicos en que se convertían los cohetes, sin quedar materialmente fundida o, cuando menos, con todo lo de su interior abrasado.

La nave no podía ser terrestre y, sin embargo, la mujer le había respondido en su idioma.

Pensativo, tuvo que reaccionar, al encenderse los avisos rojos de su panel de mando.

El sí tuvo que rodear el pequeño sol formado por el cohete atómico. Ahora comprendía que, de haber hecho los cálculos necesarios para acertar en la nave que perseguía, habría estallado el cohete, sin que nada le ocurriera a la nave.

—Atención, atención, aquí *Scout of Space 121* a nave no identificada que se dirige al planeta Tierra, Sol tres. Atención, responda.

Comenzó a sudar. La nave no respondía. ¿Qué se propondría?

Flashman efectuó las correcciones pertinentes y puso la *Scout* al tope de velocidad, mas no conseguía alcanzar la nave que perseguía.

—Lo siento, nena, tú te lo has buscado.

Se abrieron las tapaderas de los cañones cósmicos de proa y

Flashman, tras fijar el objetivo en pantalla, pulsó sin vacilar el botón de fuego.

Para los dardos cósmicos no necesitaba esperar mucho: el resultado era casi instantáneo.

En pantalla se vieron dos finas líneas, que se dirigían, paralelas, casi tocándose, en dirección a la nave objetivo.

Le dieron alcance, la tocaron. Todo se iluminó y después, las líneas paralelas se doblaron a izquierda y derecha, respectivamente.

Cuando la luz menguó en intensidad, Flashman no daba crédito a lo que veía.

La nave que se dirigía a la Tierra, aquella maldita nave no identificada y que semejaba llevar a una mujer por piloto, proseguía su camino sin que los dardos cósmicos de la *Scout* de combate espacial la hubieran afectado.

Habían rebasado ya la órbita lunar en derredor de la Tierra y la situación se tomaba grave, muy grave.

Si no la había destruido con aquellos dos certeros disparos y tampoco podía aniquilarla un campo de alta termia, ¿quién podría detenerla?

Flashman sudaba, sudaba como nunca había sudado. No sabía si es que fallaba el sistema de climatización de la *Scout,* lo cual era improbable por la gran fiabilidad de todos sus elementos, o es que presentía algo catastrófico para la humanidad terrícola.

Sin vacilar, conectó el comunicador de grandes distancias y dio la voz de alarma:

—Atención, atención, llamo a *Scout of Space Center* en la Tierra. Atención, atención, llamo a *Scout of Space Center* en la Tierra y a las colonias terrícolas en la Luna. Aquí la

Scout of Space 121, comandante Flashman, atención, atención.

No tardó en escuchar una voz grave que a la vez era metálica y conocida.

—Aquí *Scout of Space Center* en la Tierra, le escuchamos, le escuchamos.

—Nave no identificada se dirige hacia la Tierra, la sigo de cerca. Es una nave extraña que sólo ha respondido a un mensaje con una voz femenina.

—¿No se ha identificado?

—En absoluto. Le he disparado dardos cósmicos y no la han afectado en lo más mínimo. Ha atravesado una esfera térmica que le he enviado como andanada con un cohete atómico *y* tampoco le ha afectado.

—No la pierda de vista y siga enviando datos a nuestro centro de vigilancia.

—Entendido, corto y sigo tras la nave no identificada.

Tanteando, buscó su casco de protección. Se situó en la butaca, colocándose los atalajes de seguridad y se dispuso a llegar al fin, que podía producirse en unos segundos si aquella nave iba pertrechada de armamento.

La nave no identificada no se colocó en órbita terrestre, sino que incidió en el cascarón atmosférico tangencialmente. No rebotó contra la atmósfera, saliendo despedida, sino que penetró en ella.

Ald Flashman supuso que el roce producido por la forma brusca de introducirse en la

atmósfera terrestre, no iba a producirle problemas por el exceso de calor, ya que había soportado temperaturas mucho mayores.

Desde la Tierra le enviaron misiles que rebotaron contra el casco de la nave que continuó su viaje sin más alteraciones que unas sacudidas bruscas.

—Atención, atención, llama *Scout of Space 121* a *Center,* atención, *Scout of Space* a

Center, no disparen, no disparen más. Estoy al alcance de los misiles.

Ald Flashman había penetrado en la atmósfera terrestre con la suavidad a que estaba habituado y ahora avanzaba como un vulgar avión nuclear aerodinámico.

En aquellas circunstancias, dentro de la atmósfera terrestre, ganó distancia a la nave intrusa, aunque Flashman no sabía qué tendría que hacer cuando le diera alcance.

—Maldita sea; te derribaré, aunque sea embistiéndote con la proa de mi nave.

Con la velocidad a tope dentro de lo que permitían las condiciones atmosféricas a causa de los razonamientos, Flashman se dispuso a abordar a la nave cuando se hallaban sobre el Océano Pacífico, cerca de la isla de Pascua.

Cuando ya estaba a punto de alcanzarla, a punto de embestir su nave contra la intrusa,

ésta se inclinó y penetró bruscamente en las aguas, sumergiéndose con rapidez y produciendo un surtidor espumoso. En el punto en que se había hundido, el agua hirvió.

Ald Flashman pasó a ras de agua, rozándola.

Dio una gran vuelta para disminuir velocidad y retornó al punto en que la nave se había sumergido.

Se detuvo en el aire, poniendo los motores a ralentí. Escrutó las aguas del océano que se habían tragado a la nave invasora. No comprendía aquello. ¿Habría tenido un mal tropiezo aquella nave que según le habían advertido estaba averiada?

—Atención, atención, llama *Scout of Space 121* a *Center,* atención, *Scout Space 121*

llama a *Center*.

Ald Flashman quedó pensativo y preocupado, preguntándose qué había pasado con la

mujer que le había hablado, aquella mujer cuya voz había registrado.

Sabiendo que ya nada podía hacer por el momento, estableció

contacto dando las coordenadas de su posición sobre el océano y se dispuso a esperar fumando un cigarrillo descancerigenado.

—Decididamente, me hubiera gustado conocer a la mujer que tripulaba esa nave no

identificada —masculló para sí, aún a sabiendas de que podía ser una alienígena y que su voz agradable, pese a sus matices marciales, metálicos casi, podía corresponder a un cuer- po repugnante según el sentido estético de los terrícolas.

CAPITULO II

El barco oceanográfico arribó al punto de reunión cuando ya estaban allí una gigantesca nave grúa, un portaaeronaves y un *over-craft* gigante de combate con todo su personal bien pertrechado.

En el puente de mando del portaaeronaves se celebraba la reunión de mandos. A ella acudió un equipo integrado por cuatro científicos.

Al fin, se cerraron herméticamente las puertas de la sala de conferencias del puente del portaaeronaves.

El mariscal Douglas ocupó el asiento de la presidencia y pidió con voz grave:

—Por favor, tomen asiento. Vamos a tratar del tema que ustedes ya conocen y que todavía no se ha dado a la publicidad. Es *top secret* para el resto de la humanidad hasta que sepamos a ciencia cierta de qué se trata. Para eso han sido citados ustedes aquí, aun- que algunos no conocen los pormenores de lo sucedido. Cedo la palabra al general Sandalox, jefe supremo del *Scout of Space Center*.

El general Sandalox era un hombre recio, cuellicorto, avezado a las más duras

disciplinas.

Era gélido e implacable, de voz metálica y según se decía de él, sin sentimientos, frío como una computadora biónica.

Si una decisión suya, por alguna circunstancia, perjudicaba a

alguien, no se echaba atrás. Si en bien del sistema se sacrificaba una o varias vidas, ello carecía de importancia, según él, y no le temblaba la mano al firmar la orden en la que sabía con certeza que alguno de sus hombres iba a morir.

Para él, lo importante era el sistema y no el individuo. Por supuesto, no todos pensaban como él y ello le había acarreado muchos problemas y enemistades; sin embargo, era un sujeto muy efectivo y fiable y resultaba casi óptimo para su trabajo de vigilancia del espacio desde que comenzaran a aparecer las primeras naves espaciales piratas que atacaban a las naves turísticas o cargueros interplanetarios, al igual que siglos atrás surgieran los piratas del océano Atlántico o del océano Pacífico, cerca de los mares de China.

Aquellas naves piratas, construidas en la clandestinidad por hombres ricos e incluso

por organizaciones al margen del sistema de gobierno Federal Mundi, habían provocado múltiples problemas. Por ello era necesario un hombre como el general Sandalox como jefe de las *Scouts of Space,* las aeronaves espaciales de combate que perseguían a las piratas hasta darles caza, o las destruían si ofrecían batalla.

—Caballeros —comenzó sin carraspear lo más mínimo.

Su voz resultaba altamente metálica. Miró a la profesora, una mujer que tendría irnos veintiocho años, bien conservada y que deseaba aparecer muy fría y segura de sí misma.

Sin embargo, tenía los oíos muy vivaces y los labios sensuales y rojos. Su cabello negro azabache era muy abundante, casi primitivo.

Era profesora en Etnología, Arqueología y Criptografía. En ocasiones, y disimuladamente, miraba de hito en hito a Ald Flashman, el alto cosmonauta de combate.

—Profesora… —añadió el general Sandalox en honor a ella. Todos permanecieron

muy atentos para escucharle—. Ha llegado a nuestro planeta, sin que se haya podido destruir ni detener, un objeto volante no identificado, lo que en el siglo pasado llamaban UFO. Se le ha intentado interceptar, conociendo su trayectoria; se han empleado

cohetes atómicos de ultratermia y dardos cósmicos, pero por lo que sabemos hasta ahora, no le causamos el daño deseado. Para la opinión mundial sólo se trata de un meteoro de proporciones anormales que ha cruzado nuestra atmósfera, sin desintegrarse, y se ha hundido en las fosas abisales del Pacífico, a pocas millas de la costa de la isla de Pascua. Algunos de ustedes conocen los datos, pero no todos. Lo que hay bajo las aguas sobre las que estamos flotando, es una nave espacial extraña.

El mariscal Douglas intervino para puntualizar:

—No se trata de una nave pirata fugitiva, que haya conseguido escapar a la persecución implacable a que la sometió precisamente nuestro mejor piloto de combate, el capitán Ald Flashman. La nave no responde a ninguna de las características terrícolas, sea pirata o de combate, turística o carguera. ¿No es así, capitán Flashman?

Ald Flashman se convirtió en el centro de todas las miradas. Sobre la larga y ovalada mesa de conferencias se amontonaban portafolios y pequeños videotapes que lo grababan todo.

—Todos los datos que quedaron registrados en la computadora de sensores fueron

analizados metódicamente en el centro de laboratorios de la *Scout of Space* y, que yo sepa, no se ha podido identificar más que las medidas, su velocidad, su reverberación radica en toda la gama de ondas conocidas. El resto es como un huevo cerrado. No sabemos lo que contiene, a excepción de esto.

Pulsó un botón de la minigrabadora que tenía al alcance de su mano.

—«Recibida llamada, recibida llamada... Me dirijo a Planeta Azul. No puedo detenerme, tengo avería. Repito, no puedo detenerme, tengo avería.»

Todos escucharon atentamente aquella voz femenina e impersonal, aunque no del

todo, pues los oídos de un hombre con plenitud de capacidad para amar podían captar unos matices dulces que parecían demostrar que la mujer que había hablado era joven. Aquellos matices, que ni la más perfecta de las máquinas podía registrar, sí podía cantarlos un hombre también en la máxima plenitud de su virilidad. Era algo que la seni- lidad no podía captar, ni aun buceando en lo más recóndito

de sus recuerdos.

—¿Y es seguro que esa voz femenina procede de la nave que se ha hundido en las

aguas?

Flashman comprendió que la profesora Anatolia también había captado ciertos matices en aquella voz de mujer.

Observó que la profesora lucía un jersey climax verde metalizado que se ajustaba a su cuerpo de una forma tan perfecta que cada una de sus curvas quedaba totalmente perfilada, quizá mucho mejor que si no llevara el jersey climax.

Como si ella se percatara de lo que habían observado los ojos masculinos, llenó de aire sus pulmones para así realzar su busto, un detalle que pasó desapercibido para los demás, no así para Ald Flashman, que respondió:

—Seguro, ella contestó a mi llamada; lo que no dijo es si iba sola o acompañada, si tenía intenciones bélicas o simplemente su nave, por avería, estaba descontrolada. Lo cierto es que no me hizo un solo disparo ofensivo ni defensivo pese a que yo sí la sometí a

un bombardeo que, de haber sido una nave terrícola, habría quedado totalmente destruida.

Antes de que la profesora Anatolia pudiera decir nada más, se impuso la voz del general Sandalox, que especificó:

—El capitán Flashman ha cumplido con las normas estrictamente, como es habitual en él y en quienes forman la flotilla de aeronaves espaciales de combate. No falló el hombre sino los medios. Nuestras armas, al parecer, no son suficientemente efectivas contra esa nave que, sin embargo, estaba averiada, quizá por el choque de un meteorito al cruzar el cinturón de asteroides o simplemente por una avería casual a bordo. Ahora ignoramos si la nave está destruida totalmente en el fondo de las aguas o sigue ahí, agazapada, para salir a flote cuando mejor le convenga y eso sólo hay una forma de averiguarlo.

El mariscal Douglas carraspeó antes de decir:

—La opinión del general Sandalox es que hay que buscar esa nave bajando a las profundidades con un batiscafo autónomo, aunque con cables de conexión telefónica y cabezas de amarre por si se encuentra la nave. Ese batiscafo tendrá algo muy especial que va « exponer el general Sandalox y que será del más alto secreto, pues nadie de los que estamos aquí podrá comentarlo al salir de esta sala bajo pena de ser considerada su indiscreción como alta traición.

Los ojos almendrados, orientalizados, de finas cejas muy arqueadas que bajaban

mucho más que los pliegues externos de los párpados, trataron de descubrir en cada uno de los rostros que tenía delante algún reflejo emotivo incontrolado cuando explicó:

—El batiscafo llevará sujeta a su quilla la más potente bomba termonuclear de zirconio mil dos, que se hará estallar si la nave ofrece resistencia. De este modo garantizaremos su destrucción.

El doctor Tarrouse, que tenía acento galo y era un experto en Biología, Medicina y

Zoología, en toda la extensión de la palabra, objetó:

—Si esa nave ha soportado ya toda la termia con que la ha bombardeado el capitán Flashman, si ha resistido millones de grados

de calor, ¿qué esperan que suceda con la termonuclear zirconio mil dos, además de destruir automáticamente a quienes estén dentro del batiscafo?

—Usted tiene razón, profesor Tarrouse —respondió el general Sandalox—, pero si los millones de grados de calor no la destruyen, sí se producirá un cataclismo tan violento, de tan grandes proporciones en la fosa abisal, que verdaderas montañas submarinas se derrumbarán y esa nave quedará sepultada en el fondo del océano y con miríadas de toneladas de roca encima. Ya no habrá quién pueda sacarla y habrá dejado de constituir un peligro para nosotros, aunque por el momento sólo sea un peligro hipotético.

El mayor ingeniero Forrester, que no dependía del *Scout of Space,* sino de otro departamento del gobierno Federal Mundi, objetó al general Sandalox:

—Su idea de destruir es demasiado drástica, general. Siempre hay que tratar de dialogar. Después de todo, esa nave, sea quien sea su tripulante, no nos ha atacado. No hay que destruirla sino establecer relaciones diplomáticas con ella y por los datos que ya he recibido de ingeniería electrónica y otras ramas de la ciencia, podríamos aprender mucho de ella. Sugiero que se descarte la posibilidad de enterramiento total en las fosas abisales de la nave no identificada. Además, con ello evitaremos el sacrificio de las vidas

de quienes desciendan al fondo del océano para buscar la nave.

—Lo siento. Mi misión es la vigilancia, la protección, la defensa. Soy un miliciano del espacio y no un científico. Si queda algo entero, pero que ya no constituya peligro para nuestro sistema Mundi Federal, se lo entregaré a ustedes. Mientras haya alguna posibilidad de que esa nave sea un peligro, salvo que se me coarte y si así sucediera presentaría mi dimisión en el acto, lo dispondré todo para que esa nave sea sepultada para siempre en el fondo del océano, bajo montañas de rocas submarinas. Si tres personas, por muy cualificadas que sean, mueren en esta misión, se les considerará como sacrificados en bien de la continuidad, de la protección de nuestro sistema de gobierno. Ahora, el mariscal Douglas tiene la palabra.

El general Sandalox había sido tan explícito como duro. Se había creado un silencio impresionante.

El mariscal Douglas tomó el vaso que tenía ante sí, con una

mezcla de huevo y zumo de frutas exóticas, rebajadas. Bebió la mitad de su contenido, se aclaró la voz y dijo:

—No puedo por menos que darle la razón al general Sandalox. Ante todo está la seguridad de nuestra civilización.

—Gracias por aceptar, mariscal. Sólo me resta pedir dos voluntarios para bajar en el batiscafo, sabiendo a lo que se exponen, pues, como se ha dicho, si se crea peligro no se dudará en sacrificarlos desde aquí arriba. Es posible que se produzca un maremoto considerable y no sólo los de abajo sufrirán los efectos de la bomba zirconio mil dos. Sobre el punto de búsqueda sólo quedará una de las plataformas. Las otras naves se situarán a distancia prudencial aunque se mantendrán en contacto permanente por radio- Láser.

Todas las manos se alzaron pidiendo ser voluntarios para bajar en el batiscafo a la búsqueda de la nave no identificada, sumergida en aguas abisales, aunque pudiera ser que no se hallara jamás.

Aquello podía resultar una búsqueda infructuosa, sentados sobre la más poderosa de las bombas inventadas por el hombre.

—No esperaba menos de ustedes y ya que todos son voluntarios, debo escoger. Lo fácil sería elegir a un técnico en batiscafos, pero esa función también puede realizarla un cosmonauta con la experiencia del comandante Flashman que, además, conoce la nave por haberla visto de cerca.

—Será un placer bajar, general Sandalox y si no vuelvo a subir, me reconciliaré con los

peces. Después de todo, según las teorías darwinianas, salimos del agua y si regreso a ella será lo lógico. ¿Quién me acompañará?

—Cualquiera de los presentes se halla capacitado para bajar, pero hace falta alguien que pueda ponerse en contacto con los seres que pueda haber dentro de la nave, si es que la encontramos; alguien que descifre los posibles signos inscritos en el fuselaje de esa nave... Estimo que la profesora Anatolia es la persona idónea para tratar de establecer contacto. Además, no debemos olvidar que la voz captada es femenina y quizá una mentalidad de mujer pueda comprender mejor a otra mentalidad de mujer.

—O quizá sea la mejor forma de que no se entiendan por ser ambas mujeres —

comentó, irónico, el doctor Tarrouse.

—Caballeros, profesora, la operación rescate ha comenzado. Inmediatamente se

iniciarán los preparativos.

Para la opinión pública, esta operación se llamará «Rescate del meteorito con objetivos científicos».

Algo sarcástico, el mariscal Douglas comentó:

—Será difícil que la opinión pública se lo crea, teniendo un continente de fuerzas aeronavales y astronáuticas repartidas por la zona, pero mantendremos a los periodistas alejados con la excusa de posibles radiaciones y a los obreros les haremos emplear trajes antirradiaciones para disimular. General Sandalox...

—¿Sí, mariscal?

—Haga que en distintos puntos de la plataforma coloquen pequeñas e inofensivas emisoras de radiaciones atómicas por si a alguien se le ocurre meter un contador geiger por medio para comprobar si la nota oficial que damos es cierta o no.

—Una buena estratagema, mariscal, la tendremos en cuenta.

El mariscal Douglas suspiró. Se tomó el resto del vaso con zumo de frutas exóticas y batido de huevo de gaviota y se levantó.

—La reunión ha terminado —dijo—. De antemano deseo suerte a los dos voluntarios que arriesgan sus vidas en pro del sistema de nuestro gobierno Federal Mundi terrícola.

CAPITULO III

El batiscafo tenía forma ovoide y estaba lastrado en su arco esférico menor, de modo que semejaba caer en punta hacia abajo.

El lastre consistía en diez toneladas de mercurio, que se hallaban bajo los pies de los dos acuanautas, la profesora Anatolia y el capitán Ald Flashman.

El batiscafo tenía unas paredes de veinte pulgadas, con cuatro mirillas de cristal superduro de idéntico espesor.

Dentro del batiscafo había un buen panel de sensores que transmitían los datos a la superficie por uno ¿e los cables umbilicales. En realidad, el batiscafo tenía un cable de seguridad, pero en el fondo de las aguas abisales podía moverse a voluntad, mediante unos pequeños propulsores a chorro.

Entre el capitán Flashman y la profesora Anatolia todo parecía limitarse a unas relaciones puramente profesionales. Había camaradería en el trato, no exenta de cierta frialdad.

Tenían un mínimo de luminosidad dentro del batiscafo, una luz roja para no estorbar la visión exterior a través de las mirillas.

En la parte superior del batiscafo había un juego de potentes faros halógenos que podían dirigir a voluntad desde el interior del reducido batiscafo, dentro del cual sólo había dos butacas semi extensibles, pues no había sitio para una litera completa ni aun centrándola.

Al borde de los acantilados submarinos, que en lo alto terminaban en lo que constituía la pequeña y triangular isla de Pascua, fueron descendiendo con rápida verticalidad, sin tener que evitar nada.

Como la luz solar no tardó en desaparecer, por lo menos en lo que respectaba a la

capacidad receptiva de luminosidad de los ojos humanos, hicieron funcionar los faros a un cuarto de su potencia, pues los haces de luz chocaron contra las paredes rocosas de origen volcánico.

Allí crecían seres vegetales y animales semejantes a vegetales, celentéreos, sorbiendo ávidos la escasa luz solar que les llegaba, pues de no tener nada, a ellos les sería imposible la vida.

—¡Mire, Flashman, mire eso!

El hombre graduó el faro y lo que vieron les sorprendió:

—Es un moai.

—Como esos que hay en las costas de la isla.

—Sí, igual, pero colocado en ese pequeño banco de arena que hay entre rocas.

—Cualquiera diría que lo han colocado ahí enhiesto, como los que hay fuera del agua, en la isla.

—'Hay demasiada profundidad para colocar uno de esos gigantes de piedra que todavía constituyen un enigma para nosotros. Usted, que es arqueóloga y criptóloga, lo sabrá mejor que yo.

—Sí, las piedras rongo-rongo no nos han revelado nada todavía. Ese moai tiene un rongo-rongo colgado de su cuello.

—Supongo que esas piedras serán muy valiosas para usted, profesora, pero estamos buscando otra cosa.

—Sí, pero es un misterio que ese moai esté ahí. Fíjese, detrás de él parece haber una especie de grieta o entrada de gruta.

—Puede ser que haya caído desde la superficie y, fortuitamente, haya quedado en pie aquí abajo. Las cosas más raras ocurren. Mire esa langosta gigante, como trepa por la cabeza del moai.

—Es un nido de langostas gigantes; pueden tener cientos de años.

—Sumergirse en las profundidades subacuáticas es ir siempre de maravilla en maravilla.

—Me gustaría que después de concluir esta misión, me prestaran este batiscafo con tenazas articuladas durante unos días para realizar investigaciones.

—Imagino que se llevaría esa piedra rongo-rongo que cuelga del cuello de esa gran estatua, de más de cincuenta toneladas y que está aquí abajo, vigilante como las de arriba.

—Sí, me la llevaría y haría muchas fotografías de este moai para ver si hay diferencias entre el y los de la superficie. Lo malo es que a estas profundidades ya no se puede descender sin batiscafo.

—No me diga que le gustaría meterse en esa gruta que hay detrás de la enorme

estatua.

—Pues sí, francamente.

—No le aguardaría nada bueno. ¿Se ha fijado en los dos enormes ojos que asoman por la gruta?

—¡Dios mío, es verdad!

Ald Flashman dio más potencia a la luz y el agua rebulló en la entrada de la gruta.

—¡Es un pulpo gigante! —exclamó con cierto susto la profesora, arrimándose instintivamente al hombre basta llegar a cogerle por la cintura.

—No tema, no puede hacernos daño. Aunque llegara a cortar las conexiones que tenemos, este batiscafo es autónomo y podríamos ascender sin problemas. El pulpo, por mucho que nos abrazara, nada conseguiría. Este batiscafo, por su forma y el material con que ha sido construido, es prácticamente indestructible por presión exterior y poseemos oxígeno licuado para respirar durante una semana si es necesario.

Dejaron arriba el fantasmagórico moai, sumergido en las profundidades de las costas

de la isla de Pascua, y continuaron descendiendo hasta que las plantas desaparecieron y la oscuridad se hizo absoluta. Sólo los potentes faros taladraban las negruras abisales.

Ald Flashman opinó:

—Esto es como hallarse en el espacio, prácticamente no se ve nada. Bueno, aquí es peor, porque no se ven ni las estrellas.

Descendieron varios miles de pies más, sin hallar otra cosa que insondables tinieblas. Después, los faros iluminaron de nuevo paredes rocosas por las que aparecieron

monstruosas criaturas abisales, de enormes y saltones ojos, antenas y lo que más destacaba en ellos, que eran sus grandes bocas dentadas.

Flashman comentó:

—Cualquier barco hundido en estas profundidades se habrá convertido en un

verdadero festín para estos bichos.

—Es sobrecogedor —opinó la profesora, al ver como uno de aquellos peces, un linofrino de feroz apariencia, con un extraño señuelo sobre el hocico, abría sus grandes fauces y trataba de engullir una de las mirillas de cristal.

—Le daremos un sustituto para que no nos molesten.

Flashman pulsó un botón que creaba un campo electrónico de alto voltaje, breve como un relámpago, pues era absorbido de inmediato por la propia agua, pero duraba lo suficiente como para alcanzar al linofrino, que se retorció abriendo su boca, que casi era

la mitad de su propio cuerpo, hasta semejar desencajarla.

Dio un brinco en el agua, retorciéndose sobre sí mismo y otros especímenes semejantes a él se lanzaron para devorarlo.

—Estos espectáculos sangrientos nunca me han gustado.

—No mire, profesora, yo no puedo apagar los faros. No olvide que estamos buscando la nave sumergida, si es que se quedó aquí.

Uno de los sensores comenzó a parpadear intermitentemente en rojo, pero la profesora Anatolia lo cubría con su cuerpo y Ald no pudo verlo.

En aquel punto, el batiscafo chocó contra unas rocas y sufrió una violenta sacudida. Ambos fueron zarandeados y quedaron medio encogidos en el suelo, abrazados.

—Atención, atención… ¿Se encuentran bien? Cambio.

Era la llamada del general Sandalox que había sido informado en el acto de lo ocurrido. Flashman alzó su mano, oprimió el botón correspondiente y respondió:

—Sí, nos encontramos bien. Ha habido un desprendimiento de rocas, pues descendemos junto a un acantilado abisal, pero estamos sin averías. Este cacharro resiste bien, cambio y corto.

Al decir «corto», la profesora le rodeó el cuello y le besó en los labios, encendiénsole las mejillas y los ojos que tuvo que cerrar.

Flashman sintió vibrar entre sus brazos el cuerpo femenino y no le pareció mal aceptar las caricias y devolverlas con generosidad.

Después de todo, lo tenían demasiado tiempo aislado en el espacio y él no tenía carne ni sangre de frío meteoro.

La profesora estaba en la plenitud de su belleza y allí abajo, en las profundidades marinas, donde cada segundo transcurría podía ser el último que vivían, se veía más rabiosamente atractiva, o quizá era la mezcla de gases que respiraban por fallar en algo la presión regulativa.

Aquello era como una de las típicas borracheras submarinas que sufrían muchos acuanautas, pero parecía imposible que se hubiera producido dentro del propio batiscafo, aunque a aquellas

profundidades, pocas veces había bajado el ser humano y era posible que jamás formando pareja.

El caso fue que varios de los sensores del batiscafo los arrancaron de su embriaguez amorosa.

En Ald Flashman se impuso el deber, el sentido de la responsabilidad. Se zafó de los brazos femeninos, que ardían, de aquellos ojos semientornados que llameaban, de aquellos labios entreabiertos que exhalaban cálidos suspiros, como néctar que atrae a los insectos.

—¡Ahí está, ahí está! —gritó Flashman, al descubrir a la nave a través de la gruesa ventanilla.

En un instante, se olvidó de Anatolia, a la cual le costó más volver a ser la fría científica que era siempre, pues tal como se había comportado, no pudo verlo ni comprobarlo nadie más excepto el mismísimo Flashman.

Los faros inundaron de luz la nave posada sobre un fondo arenoso, en una planicie al borde de otro acantilado que conducía a otra profundidad aún más insondable.

—¿Crees que nos atacará? —preguntó Anatolia, mirando la nave, junto al hombre, deseando estar muy cerca de él.

Su sangre todavía burbujeaba dentro de sus venas y no era precisamente una chiquilla. A su edad, pasados los treinta, el amor era mas apasionado, más violento y absorbente, como si temiera que algún día, tras el recodo de un próximo lustro, se agazapara una vejez prematura.

—Debajo del batiscafo llevamos la zirconio mil dos. Si nos ataca, se destruirá a sí misma.

—La verdad es que ahora no me importaría morir —dijo con la voz ligeramente ronca, sin mirarle.

—Pues en eso no estoy de acuerdo contigo; prefiero seguir viviendo. Vamos a

acercarnos a la nave y trataremos de establecer contacto con ella.

—Es una suerte que sepa nuestro idioma. La verdad es que ese tipo de nave es desconocido en nuestro planeta y en sus colonias

marcianas, venusianas, lunares y en los satélites jupiterianos.

—Atención, atención, aquí batiscafo llamando al general Sandalox, cambio.

—Sandalox al habla. Le escucho, Flashman, responda, cambio.

—Hemos avistado el meteorito que buscamos y vamos a tomar contacto con él. Cambio.

—Siga instrucciones precisas. Grabe todo lo que pueda, pero no transmita a la superficie. Ya sabe que pueden haber fugas de comunicación. *Top secret.* Cambio, suerte y cierro.

—Pondremos en marcha las grabadoras magnetoscópicas y magnéticas ordinarias; nos acercaremos a la nave y trataremos de establecer comunicación.

Se acercaron tanto a la inmóvil nave interplanetaria, sumergida en las tinieblas abisales

del océano Pacífico, que casi la tocaron con el batiscafo.

En ese momento, Ald comenzó a manejar, desde el interior, unos brazos poliarticulados, que en su extremo tenían una especie de amplia ventosa, que aplicó contra el casco de la nave extraña.

A su lado, Anatolia, comentó:

—No tiene identificación criptográfica alguna, carece de mirillas para que podamos ver su interior y tampoco se le ve huella alguna de que la hubieran alcanzado los disparos que tú le hiciste y los que luego recibió al entrar en la atmósfera.

—Parece de un material desconocido para nosotros, capaz de soportar el calor y los impactos. Es totalmente reverberante.

—Como si fuera un diamante gigantesco.

La ventosa acústica que tenía sus amplificadores dentro del batiscafo se pegó al casco

de la nave alienígena no identificada.

—Atención, atención, capitán Flashman llama a nave no identificada detenida en el fondo del océano. Atención, venimos en son de paz. Hemos descendido hasta estas profundidades para

ayudar, si es posible. Ya en vuelo, antes de entrar en el planeta Sol tres, nos comunicó que estaba averiada. Si escucha, responda. Cambio.

Se produjo un silencio expectante, angustioso.

Flashman y Anatolia se miraron a los ojos, como consultándose sobre lo que debían de hacer, si la nave no respondía. Era posible que sus tripulantes hubieran muerto.

De pronto, el silencio del batiscafo se rompió, si es que podía llamarse silencio a los mínimos ruidos que producían los aparatos en funcionamiento.

—Aquí Zara, responde a llamada terrícola. Aquí Zara .responde a llamada terrícola. Escucho.

Anatolia y Ald Flashman volvieron a mirarse.

El hombre sonrió más que Anatolia, quien frunció el ceño ligeramente. Su papel se convertía en meramente pasivo. La extraña mujer que decía llamarse Zara respondía en el idioma de ellos.

—No cabe duda, es la misma que me habló a mí —dijo Ald a Anatolia. Luego, volvió a establecer comunicación—. Capitán Flashman pregunta si se encuentra con averías graves en su nave, cambio.

—Sí, tengo averías irreparables por el momento. Pueden marcharse y abandonarme aquí, cambio.

—¿Quiere decir que la dejemos morir aquí abajo? —interpeló Flashman, con gravedad. Se produjo un largo e intenso silencio. Era como si la fémina que estaba en la nave

reflexionara sobre lo que debía de hacer.

¡La profesora Anatolia intervino con algo de dureza:

—De todos modos, izaremos su nave a la superficie. Cambio. La alienígena llamada Zara volvió a hablar.

—¿Tienen posibilidades de izarme a la superficie terrestre?

—Tenemos cable. Engancharíamos debidamente su nave y luego la haríamos subir. Deseamos su cordial amistad.

—Usted, capitán Flashman, me disparó para destruirme —puntualizó Zara.

—Cumplía órdenes estrictas. Usted no hizo caso de mis advertencias.

—No podía, iba con la nave averiada.

—¿Tiene a bordo armas ofensivas? Cambio —preguntó Flashman. Zara no se dio por enterada; solo respondió:

—Si pueden enganchar mi nave, ícenme a la superficie. Anatolia intervino, preguntando:

—¿Viaja sola?

—Sí, cambio, quedo a la escucha.

—¿Puede ayudar al izamiento quitando lastre de su nave?

—No, no puedo quitar lastre. Dejo toda la operación en sus manos. En la popa de la nave verán una especie de argolla.

—Bien. ¿Puede indicarnos qué tipo de energía propulsa su nave? Cambio. Flashman no obtuvo respuesta alguna.

—Parece que no está dispuesta a aclarar nuestras dudas. Veremos qué tal responde, cuando la tengamos fuera —comentó Anatolia.

—Sí, ya veremos. Ahora, engancharemos el cable y comunicaremos al general Sandalox que pueden comenzar a izar la nave no identificada.

No fue difícil efectuar el enganche con las tenazas articuladas que partían del batiscafo. Después, llamaron a la superficie.

—Atención, atención, llama capitán Flashman al general Sandalox, cambio.

—General Sandalox a la escucha. ¿Han conseguido contacto total? Cambio.

—Sí, está al extremo del cable. Pueden izar al meteoro cuando quieran, háganlo despacio.

—¿Hay vida? Cambio.

—Sí, la misma voz del magnetófono, y lamento ser tan explícito. Cambio y quedo a la espera de órdenes.

—Suban al mismo tiempo que el hipotético meteoro. Cuiden de que no suceda nada

anormal.

—Correcto, vigilaremos atentamente. Toda la comunicación está grabada. Cambio y fuera.

Los cables se tensaron, y comenzó el ascenso.

El batiscafo, siempre vigilante, iluminó con sus faros la nave no identificada que estaba siendo rescatada de las profundidades abisales del océano, justo al pie de la enigmática isla de Pascua (también llamada Rapa Nui) donde las esculturas gigantes, aquellos inson- dables moais, miraban siempre al cielo.

CAPITULO IV

El último trato de ascensión de la nave no identificada del interior de las aguas oceánicas, se hizo por la noche y dando orden a las otras naves para que se alejaran de la zona, de modo que sólo quedó una grúa flotante y el portaaeronaves con una gran plataforma sólida y refractaria, especial para el despegue de cualquier tipo de cohetes y aeronaves.

Durante la noche, la nave de Zara fue depositada sobre la plataforma del portaaeronaves y luego descendida a uno de los hangares para que no se pudiera ver a distancia, con cualquier telescopio.

Aquella especie de captura seguía siendo *top secret,* pues se ignoraba lo que podía derivarse del singular encuentro.

De lo que no sabía duda era de que no se trataba de ninguna nave pirata del espacio. El general Sandalox parecía uno de los más desconcertados.

Había mirado y remirado la nave. La había escrutado con cristales de aumento y filtros

de ultravioleta, infrarrojos y rayos X, sin lograr averiguar nada, absolutamente nada, y tampoco los técnicos que se habían encaramado por ella buscando una fisura, la más mí- nima grieta que pudiera significar la señal de una escotilla. Nada se encontraba, y la nave resultaba hermética.

—Ni sopletes oxidrílicos ni rayos Láser parecen afectar al material con que está construida esta nave.

—Se lo dije, general Sandalox, se lo dije. Cruzó una esfera termonuclear con varios millones de grados en su núcleo, y no se desintegró. ¿Conoce usted algo semejante?

—La verdad es que no. Espero que usted pueda volver a ponerse en contacto con la tal Zara. Sólo ha hablado con usted, y parece que, si ella no decide salir de ahí dentro, no habrá forma de sacarla.

—La comunicación quedó cortada desde que tuvimos el último intercambio en el fondo del océano. Ignoramos si le ha sucedido algo pero es lógico que se muestre recelosa. Hay mucho movimiento militar alrededor de la nave, y estamos tratando de abrirla con toda clase de medios, incluyendo el diamante. Quién sabe si en su

psicología eso es como una profanación, una violación de su intimidad.

—¿Sugiere que no dará señales de vida hasta que la dejemos tranquila?

—Eso creo.

—Después de todo, como no se comunica y no hay forma de abrir esa nave, que parece inofensiva, pues no tiene troneras por las que lanzar misiles u otra clase de armas, la dejaremos tranquila. Habrá que emplear la psicología para hacer que ese huevo astral se abra y nos muestre lo que contiene. Después de todo, sabemos que la nave está averiada, y no puede despegar. Pondremos un centinela.

—Que no lleve armas, por lo menos visibles.

—Sí. Usted, la profesora Anatolia, el doctor Tarrouse, el ingeniero Forrester, por supuesto el mariscal Douglas y yo mismo, seremos los únicos que tendremos una insignia en nuestros trajes que nos permitirá acercamos a la nave y tocarla, a ver si así ganamos la confianza de la tal Zara. Usted insista en comunicarse con ella, y ofrézcale toda clase de garantías de seguridad, de que no va a sucederle nada.

—Y esas garantías, una vez salga de ahí dentro, ¿usted las cumplirá, general?

El general Sandalox, con sus ojos asiáticos y su cabeza robusta, miró fijamente a

Flashman, y respondió despacio:

—Usted debe limitarse a cumplir órdenes, no a averiguar lo que yo pueda decidir, en el futuro, por el bien de nuestro sistema de civilización terrestre.

—Me ha dado ya la respuesta, general.

—No le entiendo.

—Muy sencillo. Primero está nuestro sistema, luego, ella. Por tanto, aunque le ofrezca muchas garantías, siempre serán semejantes a las que en el siglo diecinueve las tropas de Sheridan, en Estados Unidos, ofrecieron a los pieles rojas.

—No haga chistes malos, capitán Flashman; los siglos no pasan en balde.

—Respecto a la técnica, no lo dudo, pero respecto a las pasiones, a los instintos, a los deseos, a las sinceridades y a las traiciones, me temo que seguimos igual que los etruscos o los griegos, que nos legaron su filosofía.

—Capitán, si no fuera usted el único que ha logrado establecer contacto con el ser que está dentro de esa nave, ordenaría que regresara a su misión especial en su *Scout of Space,* pero ahora me es útil aquí. Reserve sus filosofías particulares. Si quiere que ponga a su disposición un equipo de psiquiatras, psicólogos y sociólogos para que le asesoren, sólo tiene que pedirlo.

—No, gracias. Usted me ofrecería a un grupo de psiquiatras, psicólogos y sociólogos

con mentalidad miliciana, y puede que esa extraña criatura, llamada Zara, no sea tan estúpida como algunos suponen. De momento, se sabe segura dentro de su cascarón.

—Pero no puede estar toda la vida encerrada —protestó, molesto.

—General, quizá sigue subestimándola. ¿Quién le asegura que ahí dentro no tiene todo un sistema de criogenización, que les permita permanecer un siglo o dos inmóviles, y sin problemas de respiración o alimento?

—Parece usted echar por tierra todas las observaciones del general Sandalox —

comentó la profesora Anatolia, acercándoseles.

Los dos hombres la miraron. Flashman observó que la doctora semejaba haber rejuvenecido. Se veía más

—sea, más hermosa. Sus ojos tenían un brillo menos metálico.

Quizá se había equivocado al calcular sus años, y tenía menos de los que supusiera en un principio; después de todo, él no había visto su ficha personal.

El general Sandalox dio un largo suspiro, y luego dijo:

—Daré las órdenes oportunas para que el plan que usted mismo

ha sugerido, capitán, se lleve a cabo. Después de todo, usted ha capturado esa nave. Cada noche, antes de retirarse, quiero un relato de lo que haya obtenido, tanto si es negativo como positivo.

¿Comprendido?

—Seguiré sus órdenes, general; lo que no le prometo es el tiempo que pueda tardar en ponerme en contacto con Zara. No le habrá gustado nada que hayamos astado arañando el casco de su nave como si pretendiéramos desnudarla y meterla en una de nuestras jau- las, cuya llave guardáramos nosotros, y no ella.

—Su observación está muy bien, capitán, pero soy receloso por naturaleza, respecto a todo lo que procede del exterior. A lo largo de la historia, las invasiones han comenzado

por una simple y aparente visita amistosa.

El general se alejó, dejándoles cerca de la nave que allí, en el hangar, bajo los focos que la iluminaban, se veía grande y hermosa.

Era suave como el más selecto y pulido de los granitos suecos; más dura que el

diamante, y tenía unas cunas que rompían cualquier punto donde se pudiera formar un ángulo. En realidad, no tenía ninguna arista.

Todo en ella recordaba, en cierto modo, algo femenino. Curvas suaves, finas, agradables, estéticas.

Era como un huevo hermético, de color blanco metalizado, pero un huevo se podía mirar al trasluz y averiguar lo que contenía; aquella nave, no.

Una pirámide milenaria egipcia podía dar más transparencia a los sensores Láser y otra clase de radiadores que aquella nave, muchísimo más pequeña y, en consecuencia, también con ínfimo espesor de paredes, si se la comparaba con los bloques pétreos de una pirámide, pero el material era distinto.

—Es todo un misterio, ¿verdad, Ald?

El hombre notó que, a solas, ella le llamaba por su nombre de pila y le tuteaba. Por un momento, recordó lo ocurrido en el fondo abisal del océano dentro del batiscafo.

¿Había sido una borrachera por un exceso de presión, causado por el fallo de algún

manómetro? ¿Acaso una saturación de anhídrido carbónico, expulsado en sus respiraciones?

—¿Qué te parece si vamos a la cafetería y tomamos algo? Hay que esperar que el general Sandalox dé las órdenes oportunas para que dejen la nave tranquila. Si Zara se muestra recelosa, no abrirá su cascarón.

—Zara, Zara... Hablas como si fuera una buena amiga. ¿Cómo será, vieja, joven?

¿Tendrá nuestra morfología o será un horrible monstruo?

—Ese misterio lo descubriremos cuando la veamos. De todos modos, sea como fuere, es un ser inteligente, y parece que de una civilización más avanzada que la nuestra.

—Vamos a tomar ese refresco. Echaron a andar, el uno junto al otro.

Ald Flashman sintió como si unos ojos penetrantes se clavaran en su espalda, de una forma fija y obsesiva.

Se volvió, inquieto. Siempre que había tenido aquella sensación, había descubierto a

alguien que le estaba mirando, pero entonces sólo vio la extraña nave, no identificada, que todavía conservaba inviolables todos sus enigmas y misterios.

«¿Me estará observando a través de esas paredes que para nosotros son indestructibles, ni siquiera arañables, pues ni el filo del diamante deja huella en ellas? No, no puede ser, es absurdo suponer que la mirada de Zara traspase esas paredes...», pensó.

—¿Te sucede algo? —le preguntó Anatolia, que también miró hacia el lugar donde se clavaban los ojos masculinos.

—No, nada. Sería absurdo, absurdo...

—¿Absurdo el qué?

—No tiene importancia. Creo que llevo unas horas de mucha tensión. Salí de Marte no hace mucho; descubrí a esa nave, la perseguí por el espacio, la bombardeé. La he buscado en la fosa abisal del océano, y ya la tenemos ahí, pero queda mucho por hacer. Creo que

no vendría mal un descanso.

Echaron a andar, alejándose de la nave que producía aquella extraña inquietud en Ald

Flashman.

CAPITULO V

Ald Flashman yacía en la litera del camarote que se le había destinado dentro de la gran nave que seguía anclada no lejos de la isla de Pascua, en medio del océano Pacífico.

Su *Scout of Space 121* seguía quieta en uno de los hangares del gran navío flotante, esperando que él la pilotara, marchando a recorrer las distancias interplanetarias.

Comenzó a sudar y a dar vueltas en la litera. Vio miríadas de estrellas que se le venían encima o. él se iba contra ellas; luego, un gran rostro de mujer algo difuminado.

Era un rostro de largos cabellos rubio verdosos, que flotaban de forma como si el espacio interplanetario estuviera lleno de agua. Sus ojos hermosos y fríos, ardientes y malignos, semejaban devorarlo.

El, en su sueño pesadilla, viajaba y viajaba por el espacio, alejándose de la Tierra, del

Sol, padre y madre de
la civilización terrestre.

De súbito vio jinetes. Sí, era ridículo, paradójico, como si fueran recuerdos de una herencia atávica. Eran jinetes amazonas, mujeres apenas cubiertas con sus cabellos y alguna gasa etérea que las hacía más atractivas.

Montaban briosos y lustrosos caballos, a pelo, y galopaban riendo sobre prados verdes

y límpidos. Reían y reían. De pronto, vio a un hombre que corría con los pies desnudos. Corría por la extensa pradera, carente de árboles dónde cobijarse, y las amazonas galopaban riéndose, rodeándole. Era como un juego para ellas.

Al fin el hombre, extenuado, cayó al suelo, suplicando agua. Tomo la fresca hierba y la chupó entre sus labios mientras se veía rodeado por un círculo de amazonas, todas jóvenes y muy hermosas, que lo observa- Dan atentamente con sus ojos, que lo mismo eran punzantes que acariciadores.

Se volvió boca arriba, y gimió:

—Tengo sed, tengo sed...

—Si tienes sed, busca el agua en la tierra —le respondió una de ellas.

Se volvió boca abajo, y comenzó a arañar la tierra, con sus dedos desnudos.

Hizo un agujero, y apareció el agua. No estaba sucia como hubiera podido suponer en un principio. Allí, el agua se encontraba con mucha facilidad.

Aquel agua se transformó en un espejo para él, y vio un rostro barbado, de facciones

acusadas y cabello cobrizo. Era él, Ald Flashman... Metió la cabeza dentro del agua, rompiendo su imagen, para sorber el agua de la vida.

Dio un brinco, y se incorporó en la litera. Miró en derredor.

El camarote tenía una débil luz piloto; sin embargo, Flashman encendió otra luz.

Se frotó los ojos para salir de la pesadilla. Jamás había tenido un sueño con tanta sensación de verosimilitud, con tanto color, con tanta angustia.

Se levantó y fue al pequeño cuarto de aseo. Se miró al espejo, y comprobó que no tenía

barba ni bigote, a lo sumo le
hacía falta un afeitado.

Tomó un vaso de plástico, tras pulsar el botón correspondiente un vaso que salió moldeado instantáneamente para él, y que nadie podía haber tocado.

Lo colocó debajo del pequeño grifo de cerveza no alcohólica que

tenía junto a los grifos de agua caliente y agua fría. Dejó que la cerveza espumeara hasta lo más alto del vaso y se desbordara.

Agradeció su frescor, y consumió el contenido del vaso en su totalidad. Luego, respiró hondo; volvía a sentirse bien.

—La pesadilla habrá sido fruto de una deshidratación por el calor y el descenso en el batiscafo; esas cosas ocurren...

Se metió después bajo la ducha, y se rasuró con la maquinilla eléctrica. Tomó una mini- grabadora de bolsillo y una ventosa acústica para no tener que utilizar métodos de comunicación radial, que pudieran ser captados en cualquier otra parte del buque, pues era seguro que el general Sandalox, aunque a distancia, tendría todos los sensores abiertos al máximo para captar cualquier señal de vida en el interior de la nave capturada.

El general Sandalox, con su psicología belicista y con su máxima de que «el que pega primero, pega dos veces», podía estropear aquel encuentro.

En solitario, se dirigió al hangar que sólo tenía una puerta abierta. Las demás habían sido clausuradas, por orden del general Sandalox.

El centinela de la puerta, al ver la insignia en su pecho, le franqueó la entrada y le dejó

pasar. Después, cerró de nuevo.

Miró la nave que ahora, sin los hombres a su alrededor, tratando ele abrirla como intentaran hacer con las grandes pirámides antiguas tribus nómadas del nordeste africano, impresionaba.

Le extrañó no ver al centinela que el general Sandalox había dicho colocaría junto a la

nave, independientemente del que permanecía en la puerta por el lado exterior del hangar. Se encogió de hombros. Cualquiera sabía lo que habría decidido el general Sanda- lox, mientras él dormía.

Dio una vuelta alrededor de la nave, como admirándola en su

perfección. Aún estaba por averiguar el gran enigma.

¿Cómo se autopropulsará, qué sistema utilizará para desplazarse? No tiene aberturas, hélices ni agujero alguno por el que escape energía.

Tanteó más o menos el punto donde había colocado la ventosa acústica cuando estuvo en el fondo del océano. Luego, trepó por la nave con peligro de caerse, pues no tenía más agarraderas que la gran argolla fija de popa.

Al fin, guardando dificultosamente el equilibrio tras encaramarse a la mitad de la nave, aplicó la ventosa acústica contra su pared, y puso en marcha la mini-grabadora.

—Atención, atención, capitán Flashman llama a Zara. Atención, capitán Flashman llama

a
Zara,
escucho.

Hubo unos instantes de silencio. Flashman estuvo a punto de repetir la llamada.

—Zara te escucha, Flashman. Zara te escucha.

Ald hinchó sus pulmones de aire. Estaba viva. Era .a primera vez que la notaba viva, después de haber entablado contacto con ella, en el fondo del océano. Estaba ansioso por saber cómo era.

—¿Te encuentras bien, Zara?

—Gracias por sacarme del fondo de los mares. Mi nave sigue inutilizada, por el momento.

—¿Por el momento? ¿Piensas poder repararla? —preguntó tuteándola también y olvidándose del «cambio para mejor coordinar su diálogo a través de las espesas paredes de la nave, paredes que dejaban escapar la voz de Zara porque ella así debía permitirlo,

puesto que el general Sandalox había hecho colocar múltiples y fiabilísimos sensores acústicos, que nada habían detectado.

—Es inútil que tratéis de abrir la nave. Sólo puedo abrirla yo desde el interior. Has hecho bien en hacérselo comprender así al

general Sandalox.

—Desde el interior de la nave, escuchas claramente lo que hablamos afuera, ¿verdad?

—Escucho lo que me conviene escuchar.

—Y respondes también lo que te conviene. No has contestado afirmativa ni negativamente a si puedes reparar tu nave.

—Debéis tomarlo en esa forma. Estáis esperando atraparme como a un espécimen raro para meterme en vuestros laboratorios y examinarme, pero no dejaré que me atrapéis.

—No te atraparemos. Deseamos dialogar contigo, intercambiar cordialidad, cultura, ciencia.

—Yo también soy humana, y sé de lo que somos capaces los humanos.

—¿Eres humana? —preguntó con alegría, desechando la idea de que habría de enfrentarse a un ser monstruoso, si aquella nave se abría por alguna parte.

La voz, en sí misma, no significaba nada. Había computadoras que podían hablar con la más suave voz femenina, y eran simplemente máquinas biónicas.

—¿Y si te doy garantías de que nada te sucederá?

—No te preocupes, capitán Flashman, me dejaré ver. Abriré la escotilla, pero, por el momento, eso es imposible.

—¿Por qué? ¿Acaso la compuerta está atascada por algún golpe?

—No es eso, se trata de la despresurización.

—¿No funciona bien el sistema de despresurización de tu nave?

—Sí, funciona bien, pero aquí dentro hay cuarenta atmósferas más que ahí afuera, donde tú estás. Si abriera la compuerta, moriría en el acto.

—Entiendo. ¿No usas traje espacial para compensar presiones?

—No. La mezcla de aire respirable que tengo dentro de la nave es muy parecida al que tenéis afuera, aunque el mío es algo más rico

en oxígeno y, por supuesto, totalmente aséptico.

—Entonces, ¿cuándo abrirás la escotilla para que nos veamos?

—Hay que dejar pasar tiempo. Yo iré descendiendo la presión del interior de mi nave hasta nivelarla con la vuestra, pero eso es un proceso muy lento para que yo no sufra alteración alguna que me perjudique. Quizá en cien días consiga adaptarme a tu atmósfera.

—Cien días es mucho, pero si han de salvar tu vida...

—Es mejor que lo comprendas. Lenta, muy lentamente, igualaré la presión atmosférica y, cuando eso se consiga, abriré la nave y nos saludaremos. Será tiempo para que nos vayamos conociendo y haciendo amigos. Sólo me comunicaré contigo, y cada doce horas.

—¿Con nadie más?

—No, con nadie más. Después de todo, puedes pasar toda la conversación que grabes magnéticamente en ese aparato que llevas en el bolsillo.

—Dime, Zara, ¿ves a través del fuselaje de la nave? ¿Me estás viendo en este momento? No obtuvo respuesta, por más que aguardó. Zara daba la comunicación por concluida, y Flashman se había quedado allí, como escalando la nave, cuando desde abajo le

interpeló la voz del general Sandalox, que resonó dentro del amplio hangar, con ecos extraños:

—Eh, capitán Flashman, ¿ha conseguido comunicarse con la alienígena?

—Sí, mi general.

—Eso es una gran noticia ¿Lo ha grabado?

—Sí.

—Pues vamos, ¿a qué espera? Baje la grabación o mejor, aguarde... ¿Puede hacerle más preguntas?

—No.

—¿No, por qué?

—Ella ha dado por terminado el diálogo, no quiere hablar más; pero me ha prometido una comunicación cada doce horas.

—¿Por qué cada doce horas?

—Porque así lo ha dispuesto ella y, le guste o no, aunque la nave esté dentro del hangar y ella dentro de la nave, no se considera prisionera. Se siente muy segura y fuerte donde está.

—Es que así debe sentirse; nadie quiere hacerle ningún mal. Por cierto, ¿dónde está el centinela?

—¿Se refiere al que controla la puerta?

Cuando ya Ald Flashman había descendido de la nave, y frente al general Sandalox, éste contestó:

—No; en la puerta hay uno para que no pase nadie, pero ordené que hubiera otro aquí dentro para vigilar si la nave tenía algún movimiento o se abría alguna escotilla. Estaba desarmado para no inspirar recelos.

—Pues yo no he visto a nadie, al entrar. El general frunció el ceño.

—¡Qué raro! Yo mismo di esa orden. Preguntaré al oficial de vigilancia qué ha sucedido con ese centinela, que no está donde debiera.

—Le aseguro que yo no he visto a nadie.

—¿No estará dentro? —inquirió, receloso, el general, señalando la enigmática nave.

—Cuando escuche la grabación que he hecho pensará que no.

—¿Por qué?

—Zara no puede abrir la nave porque moriría en el acto. Hay cuarenta atmósferas de presión dentro de la nave, y dice que bajará la presión lentamente para irse acostumbrando a la nuestra. ¿Qué cree que hubiera ocurrido si hubiese abierto una escotilla, con esa presión dentro de la nave?

-—Pues que hubiera sonado como un cañonazo, y el vigilante habría salido disparado como una bala, contra las paredes del hangar.

—Usted mismo ha dado la explicación, mi general.

—Pero, ¿cómo diablos resiste esa criatura cuarenta atmósferas de presión, de qué pasta está hecha? ¿Cómo pretende pasar de cuarenta a una tan solo?

—Lo ignoro. Hay datos que no quiere revelar; está recelosa. Estoy seguro de que ahora mismo nos está escuchando. En cuanto a las cuarenta atmósferas, piense que hay criaturas abisales que las resisten.

—Esperemos que no tenga un aspecto tan monstruoso como esos seres de las fosas abisales oceánicas.

Ald dio una ojeada a lo alto de la nave, y respondió:

—No lo creo; me ha dicho que es humana.

De repente, recordó su sueño, un rostro de mujer bellísimo, de cabellos rubio verdosos, una mujer que atraía de forma irresistible. ¿Tendría algo que ver su sueño con la Zara que se hallaba enclaustrada dentro de la extraña e inviolable nave?

CAPITULO VI

—¡Hombre al aguaaa! —gritó uno de los centinelas del gigantesco portaaeronaves. De inmediato, los hombres del equipo de salvamento corrieron hacia a baranda. Anatolia y Ald Flashman, que en aquellos momentos paseaban por cubierta, se

acercaron también.

La mujer se cubrió los ojos para no ver el terrible y trágico chapoteo. El equipo de salvamento ya nada tenía qué hacer.

El hombre que había caído al agua lo había hecho prácticamente en medio de una familia de tiburones, y sus más mínimos restos desaparecieron entre las fauces de ios voraces escualos.

El oficial del equipo de salvamento, molesto, desenfundó su pistola de rayos y acabó con varios de los escualos que agitaban el agua que semejaba hervir. Los compañeros se lanzaron, voraces, sobre los que habían sido heridos o muertos, y el festín para los supervivientes resultó completo.

—Es el tercer hombre que cae al agua, en dos días. Esto es muy raro —opinó el oficial, que ahora tenía que dar parte de aquella

muerte.

El oficial interrogó a sus hombres acerca de la identidad del muerto, pero nadie supo decir nada. Al fin, delante de Flashman y de Anatolia, gruñó:

—Tendremos que averiguarlo por eliminación, pero todo esto es muy raro. Hay un extraño ambiente en el portaaeronaves, y creo que la culpa la tiene esa cosa que sacamos del fondo del océano.

Flashman y Anatolia quisieron decirle algo, o por lo menos preguntarle, pero no lo hicieron y le dejaron marchar.

Quedaron solos junto a la baranda, viendo ante ellos los millares de metros cuadrados que componían la gran pista de aterrizaje y despegue de la más gigantesca nave construida por el Hombre, en todos los tiempos.

—He oído decir al mariscal Douglas, por el videocomunicador, que enviarán a un equipo médico para aclarar los extraños sucesos que están ocurriendo aquí.

Anatolia había hablado en voz baja, casi confidencialmente, aunque era difícil que alguien pudiera escucharles. A muchos pies bajo ellos, el agua batía contra el casco de la nave.

—Todos saben que no hay nada seguro sobre esa nave encerrada en el hangar. Muchos temen que tenga dispositivos ofensivos, y los emplee para destruir este gigantesco navío, enviándonos a todos al fondo de los mares —respondió Flashman.

—La culpa la tiene el general Sandalox, que no deja marchar a nadie con permiso. Sé que los periodistas tratan de llegar aquí, buscando información, y se les prohíbe terminantemente subir a bordo, y no veo la necesidad. Después de todo, la nave parece inofensiva y, por lo que sabemos, sólo está tripulada por una mujer.

—Pero, tú lo has dicho, el general Sandalox, receloso hasta la médula, no deja salir información y si los hombres que están aquí bajarán a tierra, sea cual sea el puerto al que fueran trasladados en aeronaves para descansar, hablarían hasta por los codos, aunque yo también opino que eso no traería más problemas de los que ya

tenemos. A estas

alturas, por lo que sabemos de esa nave, y no habiendo otras que la hayan seguido, pues el sistema de alerta espacial es ahora más cerrado y perfecto, no creo que haya motivo para tanto secreto.

—Me temo que será muy difícil que un equipo de médicos consiga rebajar la tensión

que hay a bordo —opinó Anatolia, mientras caminaban por la cubierta.

—Lo que mejor les iría sería un permiso, y hablar. Todos hablarían tanto y tanto, que la noticia perdería importancia, y el mundo no entraría en ningún estado de histeria. Después de todo, la nave está controlada totalmente, dentro de este portaaeronaves.

—Pienso igual que tú, Ald. Lo bueno sería que el equipo de médicos, en vez de convencer a la tripulación de que no debe ponerse nerviosa, convenza al general para que les dé permiso a todos, y más naturalidad a la situación. Esta vigilancia extrema, aunque disimulada, este estado de alarma continua, rompe los nervios de los miembros de la dotación.

—Lo más extraño es la depresión que sienten, además de la irritación general. Todos los hombres se apuntan para un chequeo a fondo en la enfermería, y, si se les comunica que no tienen nada, se ponen furiosos y exigen análisis completos.

—Sí, ya he oído que los exámenes son más exhaustivos que si tuvieran que casarse con la salud más perfecta.

Ambos sonrieron y continuaron paseando.

Se había levantado una ligera brisa, que se había llevado las nubes, y, desde la cubierta, a no mucha distancia, se veía la isla de Pascua. Con unos prismáticos, podían contemplarse los grandes y vigilantes moais, los enigmáticos bustos que vigilaban el cielo y el mar.

—¿Tú también has pasado por la enfermería para hacerte análisis sanguíneos, de orina y etc., etc... —preguntó Anatolia, burlona.

—No, a mí no me ha dado por hacerme esa revisión tan a fondo.

El general Sandalox caminaba hacia ellos directamente. Su figura

fornida destacaba en cubierta. Escrutando su rostro, se adivinaba su profundo mal humor.

—Capitán Flashman, profesora Anatolia —les interpeló.

—¿Cómo va eso, general?

—Mal, muy mal. De un momento a otro, llegará el equipo de médicos, en especial psiquiatras. No se comprende lo que ocurre a bordo.

—¿Le han contado que un hombre ha caído al agua, y ha sido devorado por los tiburones? —le preguntó Flashman.

—Sí, pero lo que no sé es si ha sido accidente, distracción o suicidio, porque aquí hay que hablar claro.

—¿Estima que hay una especie de epidemia de suicidios? —preguntó Anatolia.

—Todos los datos así lo determinan. Faltan va treinta y dos hombres. Tanto Anatolia como Flashman parpadearon, desconcertados.

—¿Treinta y dos, ha dicho? —inquirió Flashman.

—Sí, ésos son los últimos datos que tengo. Por su parte, la profesora dijo:

—Creí que sólo se trataba de tres o cuatro.

—Eso es lo que se comenta; si se revelaran las cifras exactas, podría crearse un estado

todavía peor. El suicidio es contagioso. He pedido al comandante de la nave que vigile toda la cubierta, que doble la guardia para evitar que alguien más se lance por la borda. Es absurdo, incomprensible. Por lo visto, deben lanzarse al agua durante la noche. Es increíble, porque la dotación estaba muy cualificada y entrenada. Veremos qué opinan los psiquiatras.

—Si prohíben asomarse a las barandas, será peor —dijo Flashman, preocupado.

Anatolia corroboró la opinión de Ald, diciendo:

—Se sentirán como más encerrados, si les prohíben acercarse a las barandas.

—Los psiquiatras decidirán —sentenció el general Sandalox.

—¿No sería mejor desembarcar, en la isla de Pascua, la nave de Zara? Así dejaríamos el portaaeronaves en su situación normal, y se olvidarían las preocupaciones.

—Ald tiene razón —insistió Anatolia—. La nave de Zara, como no puede moverse, si se desembarca en la isla no creará este estado de desconfianza, irritación e histeria colectiva y suicida, que se ha suscitado a bordo de este gran navío, donde hay varios miles de hom- bres.

—De ninguna manera —rechazó el general—. Esa nave está bien ahí abajo, encerrada en el hangar. Hay que esperar a que esa Zara abra la escotilla y podamos verla, dialogar con ella y revisar el interior de su nave, ver los sistemas de que dispone. A bordo de este portaaeronaves tenemos todo lo necesario para poder examinar esa nave con atención.

—General, creo que lleva una política equivocada. Además, hay algo que me preocupa.

Esa nave ha caído muy cerca de la isla de Pascua, y esa isla guarda muchos misterios, todavía no descifrados por nuestra civilización —puntualizó Flashman.

—Bah, tonterías; ha caído aquí como podía haber caído en otra parte. Rebotó contra nuestra atmósfera. No es importante el lugar de la caída.

—Yo creo que sí, general. Me agradaría que me facilitaran los medios para hacer una inspección submarina, un batiscafo autónomo, sin cables ni conexiones.

—¿Quiere un submarino de bolsillo para divertirse abajo, en las profundidades?

—Me gustaría comprobar si existe una relación entre esa nave y los secretos de la isla de Pascua.

—Pero, ¿qué tonterías son ésas? ¿Qué va a descubrir? Ya sabemos que es una isla volcánica, perteneciente a las cordilleras submarinas que conforman la Polinesia.

—Según las tradiciones, existen pasillos submarinos, que conducen a alguna parte.

—No creo en nada de eso. Soy un hombre práctico, y usted debe de estar atento a las comunicaciones con Zara. Ya está en las veinte atmósferas, hemos llegado a la mitad. Esperemos que no se mueva en esa bajada constante de presión dentro de su nave, porque, si se muere, no conseguiremos entrar. No hemos encontrado nada que pueda hacer de abrelatas de esa nave.

—Si Zara dice que podrá sobrevivir a la bajada de presión, creo que sabe lo que dice —

opinó
Flashman.

Por su parte, Anatolia añadió:

—Es obvio que, a juzgar por la nave, la tecnología de- su civilización es superior a la nuestra.

—No obstante, su nave está averiada, no son tan perfectos, tienen fallos —suspiró

Sandalox—. Esta larga espera nos irrita a todos. Si esa nave se hubiera abierto ya, toda la tensión que hay a bordo habría pasado. Lo ridículo es que, careciendo de métodos ofensivos, esa nave va nos ha costado treinta y dos vidas.

—Mientras no se tengan datos que demuestren lo contrario, no se puede culpar a Zara de eso, general —puntualizó Flashman.

—Después de la próxima conexión con Zara, tendrá dispuestos los medios para hacer su investigación submarina, Flashman, pero, por todos los diablos, que no le suceda ningún percance. Esa extraña criatura, a la que todavía no conocemos, sólo quiere comunicarse con usted. Es como si se hubiera enamorado de usted, capitán.

Anatolia se sonrojó ligeramente.

—Bueno —carraspeó Flashman—, es que el primer contacto lo tuvo conmigo, y quizá ha preferido seguir comunicándose con el mismo sujeto, asegurándose así un buen entendimiento.

—A mí, en eso me parece una mujer con todas las consecuencias, quiero decir hasta

masoquista.

Anatolia frunció el ceño, y preguntó, molesta:

—¿Qué quiere decir con eso de que las mujeres somos todas masoquistas?

Algo más conciliador, moderando su habitual severidad y arrogancia. Sandalox explicó:

—No quiero decir que todas sean iguales; lejos de mi ánimo está asegurar tal cosa. Me refería a que el capitán Flashman la bombardeó, le lanzó dardos cósmicos, que hubieran destruido cualquier nave terrestre. Pese a este furioso ataque y persecución, ella sólo quiere hablar con él. ¿Es lógico eso? Tendría que considerarlo como su más encarnizado enemigo, y ocurre todo lo contrario. Eso sólo puede sucederle a una mujer; yo no lo puedo concebir de otra manera, y una computadora, muchísimo menos. Para mí que esa Zara se ha enamorado del capitán Flashman.

Anatolia se puso pálida, pero lo disimuló agitando su espesa cabellera negra, que a su vez resultó azotada por la fuerte frisa que barría las pistas de aterrizaje y despegue del gigante del mar que, pese a todos los modernismos, seguía vigente.

—Creo que se está levantando mucho viento. Este lugar es muy extraño; lo mismo está

despejado y luce el sol, que al poco se presenta un vendaval, nubarrones y después, una fortísima tormenta.

—Sí, creo que tendremos tormenta de un instante a otro, pero este gigante del mar es una verdadera isla y, en caso de tormenta, me siento más seguro aquí dentro.

Al poco, se sumergían en los pulmones del gigantesco navío, cuando el océano dejaba

de ser pacífico y se encrespaba por momentos.

Los nubarrones comenzaron a descargar mares de agua, que el portaaeronaves escupía por sus aliviaderos tecnológicamente perfectos.

Anatolia, en su camarote, se miró al espejo y comenzó a cepillar su espeso cabello. Hacía tiempo que no se sentía de tan mal humor.

CAPITULO VII

Ald Flashman se encontraba fatigado mentalmente, como si su cerebro sufriera un desgaste desacostumbrado, pese a que era un hombre que no lo tenía precisamente inactivo, pues incluso jugaba al ajedrez con las computadoras.

Sin embargo, algo le cansaba. Era algo parecido al agotamiento psíquico y físico que sufrían los que tenían alguna experiencia paranormal. Se preguntó si sufriría también la irritación y desasosiego que cundía a bordo del gran navío, en cuyo hangar estaba la nave rescatada, aunque para la mentalidad del general Sandalox, era una nave capturada a un enemigo todavía desconocido.

Sin embargo, poco a poco, al igual que el mariscal Douglas y otros, Flashman se preguntaba si la nave alienígena no les había capturado a ellos.

El no había ido a hacerse ningún chequeo, secundando aquella especie de manía colectiva que padecían los hombres de a bordo, especialmente los más jóvenes y atléticos.

Parecía como si entre ellos mismos se seleccionaran, y los que mejor parecían estar,

eran los que más se empeñaban en ser examinados en la enfermería.

Habían estado a punto de prohibir aquellos chequeos obsesivos, pero alguien había advertido al mariscal Douglas que, si se prohibían, podía haber un motín, estúpido si se quería, pero motín al fin y al cabo, habida cuenta de la irritabilidad de la dotación, irritabilidad que, por otra parte, estaba degradando la disciplina a bordo.

El ingeniero Forrester le saludó diciendo:

—Tenemos un minisubmarino tres plazas que es una maravilla de la técnica. La verdad es que los primeros planos se hicieron para convertirlo en submarino espía, pero como se creó el gobierno Federal Mundi, tras la abortada tercera guerra mundial, ya no tenía razón de que el minisubmarino fuera espía, y sí, científico.

—¿Tres plazas?

—Sí, tres plazas, y la profesora Anatolia me ha pedido ocupar la tercera plaza.

Anatolia se presentó con su ajustado bikini, y mostrando una piel tostada por los rayos ultravioleta. Llevaba el cabello suelto, y sus ojos brillaban, acariciadores.

A los ojos de Flashman, aquella fémina cargada de ciencia se rejuvenecía por momentos. Ella había hecho desaparecer de su rostro las preocupaciones de horas antes, y se había preparado para ofrecer su mejor aspecto como mujer, y estuvo segura de ello cuando, antes de llegar junto a Ald y el ingeniero Forrester, varios hombres de la dotación del gigante del mar silbaron a su paso.

—Anatolia, creo que al fin no voy a conocerte —le dijo Ald, con sinceridad. Los ojos femeninos brillaron de una forma muy especial, pero desvió su mirada.

—¿Qué, empezamos la exploración submarina? —inquirió—. Será un descanso, en esta

larga espera hasta que esa nave se abra y aparezca la dichosa Zara.

—Cualquiera diría que le ha cogido manía a Zara, profesora —observó, riendo, el ingeniero Forrester.

Se acomodaron en el submarino miniatura. El ingeniero Forrester

quiso colocarse en el asiento delantero, pues eran tres, uno tras otro, para darle forma de cohete, pero Flashman comentó, irónico:

—Este cacharrito comparado con una *Scout of Space,* es un juguete; lo conduciré yo.

—Está bien, pero no la presione demasiado. Si descendemos mucho, podemos reventar. Este artefacto no puede descender a las profundidades del batiscafo que utilizaron en el rescate del UFO.

—Descuide, conduciré como si fuera por una autovía utilitaria a la salida de cualquier

metrópoli, y, si sale un semáforo en rojo, lo detendré.

El pequeño submarino tenía motores a reacción termonuclear. Instantáneamente, producía un chorro de vapor, que lo impulsaba hacia delante hasta alcanzar las cinco mil millas hora por debajo del agua, puesto a tope.

El agua que se convertía en vapor era la propia del mar, que pasaba por una recámara donde era desalinizada para que la sal no bloqueara el motor termonuclear.

Las butacas eran cómodas y, desde una altura a partir de los hombros de sus ocupantes hacia arriba, y dando la vuelta a lo largo de casi todo el cilindro, era de cristal para poder ver mejor.

En los costados tenía unos faros acuadinámicos, que no le restaban velocidad en lo más mínimo, pese al roce propio del agua.

Cuando la carlinga se cerró herméticamente, y aparecieron las señales rojas y verdes, dieron orden de que la grúa los sumergiera en el agua.

El pequeño submarino se bamboleó en el aire; apenas tenía la eslora de una simple falúa, aunque era más estrecho.

Los centinelas que vigilaban las barandas para evitar los suicidios, les vieron desaparecer bajo las aguas, aunque a nadie se les había dicho lo que iban a investigar.

Anatolia se había colocado tras el asiento de Ald Flashman y, amparándose en el espacio reducido que ocupaban los tres, tocó intencionadamente, con las puntas de sus pies, las piernas del hombre, que dio media vuelta a su cabeza, le sonrió y preguntó:

—¿Qué dirección tomamos? ¿Florida, Londres o nos vamos a tomar un coco-whisky a

Honolulú?

—Está muy de broma, Flashman; parece que se encuentra mejor.

—Sí, es que verse debajo del agua refresca, aunque en esta ocasión el agua no nos toque la piel.

—Creo que un punto de partida para investigar el fondo submarino, alrededor de la isla de Rapa Nui, es partiendo de aquel moai que vimos, enhiesto, bajo las aguas, y que se hallaba rodeado por las langostas gigantes.

—Si podemos atrapar alguna, se la regalaremos al general Sandalox para que se la coma con mahonesa, y se le pase el mal humor.

Ald Flashman consultó el gráfico del sistema de mandos del pequeño submarino.

Estaba cualificado para pilotar cualquier tipo de naves, no en vano había sido seleccionado para las naves de combate espaciales.

El minisubmarino se hundió en las profundidades del océano con rapidez y, de inmediato, encendió sus faros. Tenía una gran maniobrabilidad, al carecer de cables de sujeción. A Ald Flashman le gustaba sentirse libre, estaba acostumbrado a ello.

—¡Ahí, ahí está! —casi gritó, contenta, la profesora Anatolia, poniendo sus manos sobre los hombros desnudos de Ald, que se había quitado la camisa, pues en el minisubmarino hacía algo de calor.

Se acercaron al gran moai recubierto de algas y de aspecto fantasmagórico, con el nidal de langostas gigantes.

—¿Esa gruta que hay detrás es la que habían mencionado? —
preguntó el ingeniero

Forrester.

—Sí, pero es demasiado angosta para este artefacto que llevamos
—opinó Ald

Flashman.

—Eh, miren, al pie del moai, en el pilar que lo soporta, parece haber una flecha indicativa.

—Veamos adonde conduce esa flecha. A ver si es una señal simplemente fortuita o tiene alguna trascendencia. Después de todo, en la anterior ocasión bajamos verticalmente frente a este gigantesco busto submarino, idéntico a los que hay en las costas de la isla de Pascua.

Bordeando los acantilados submarinos, no tardaron en encontrar otro moai a unos trescientos pies más de profundidad. El nuevo moai estaba colocado prácticamente vertical, casi pegado al acantilado, en un saliente.

Parecía increíble que aquella mole, que tenía forma de busto humano, con un peso superior a las cincuenta toneladas, hubiera sido colocada allí.

—Atención, atención, hay una fortísima corriente submarina —
observó el ingeniero

Forrester.

—Es cierto, hemos decelerado.

—Pues yo sigo dándole velocidad a este trasto —puntualizó Ald.

A la izquierda del gran moai, como a una veintena de yardas, los faros del minisubmarino descubrieron una enorme gruta en la pared vertical.

—Se trata de un río submarino, que nace en la gruta que hay junto
a la estatua —

observó Anatolia.

—Por todos los demonios, esa estatua ha sido colocada ahí por algo y por alguien. Puede ser que advierta del nacimiento de esa corriente submarina, fruto del río subacuático que brota entre la pared rocosa, teniendo en cuenta que estamos hurgando en la base de un volcán extinto, y que debe de estar muy agujereado. ¿Qué les parece si nos arriesgamos?

—¿Arriesgarse a qué? —preguntó la mujer, inquieta.

—A meternos en la gruta. ,

—La corriente es muy fuerte —advirtió el ingeniero—. El caudal, a grosso modo, y sin parecer que diga barbaridades, debe de ser casi como el del Nilo, aunque no puedo afirmarlo de forma exacta.

—Yo diría que, más que para alertar de un peligro, esa estatua es un indicativo. Puede que alguien consiga meterse en ese río subacuático navegando contra corriente.

—Es que el río puede hacerse angosto —advirtió el ingeniero.

—Lo haremos a votación. Los que no quieran entrar en esa gruta, que es el nacimiento de un río suboceánico, que cierren los ojos; los demás, que los tengan abiertos.

Tras decir esto, Ald pisó el acelerador a fondo y la nave se introdujo en la gruta a un cuarto de la velocidad que hubiera desarrollado en una navegación sin resistencia en contra.

—¡Eh, que yo he cerrado los ojos! —protestó el ingeniero Forrester.

—Lo siento, estaba a mis espaldas y no le he visto —respondió Flashman cínicamente—

. Y tú, Anatolia, ¿los has cerrado?

—Pues no me acuerdo. Ahora ya estamos en el agujero, y hay que seguir adelante.

El minisubmarino podía navegar con holgura, puesto que la gruta

era muy amplia. Aunque el artefacto hubiera tenido un diámetro cincuenta veces superior, habría cabido perfectamente, pero entonces, con la corriente en contra, la resistencia habría sido superior.

La pequeña nave siguió internándose en las entrañas de la tierra, quizá en los intestinos del extinto volcán que un día tuviera lava. Ahora, sus galerías sólo tenían agua y tinieblas.

La corriente era tan rápida y fuerte que no había algas ni ninguna clase de animales. Aquel río carecía de vida.

La incursión contra corriente por el río suboceánico tenía mucho de excitante. Que ellos supieran, antes no se había realizado jamás nada parecido, máxime con un río de aquel caudal, que sólo se podía apreciar por los medidores de presión y temperatura, puesto que el agua ocupaba la totalidad de la gruta y no llevaba oxígeno.

Navegaron en forma horizontal, pero, de pronto, efectuaron una breve ascensión y se encontraron con dos grutas, es decir, con dos bocas. Por una de ellas venía el cauce del río y la otra aparecía seca, sin agua. Aquello semejaba increíble, pero el ingeniero observó:

—Este es el principio de un aparato de vacío, en este caso natural.

La nave, con los motores a un cuarto de presión, se hallaba detenida contra corriente, venciendo ésta.

La mujer observó:

—La gruta de la derecha parece que tiene un suelo liso como un embarcadero o algo semejante.

—Pues vayamos a él. Con un tirón brusco de los motores, escaparemos de la corriente

del
río.

Flashman efectuó la maniobra, saliendo del cauce del río suboceánico. Penetraron en una amplia gruta que tenía humedad, pero no se podía navegar por ella.

Como el pequeño submarino tenía un fondo especial para deslizarse por rozamiento, y era movido por chorros de vapor, se impulsó hacia delante por la nueva gruta hasta que llegaron a un

lugar sorprendente.

Aquello era una especie de isla paradisíaca, situada en el fondo de la tierra, pero una

isla rodeada de paredes verticales por todas partes, aunque éstas no podían verse a simple vista, pues aquel lugar era quizá más grande que la superficie de la propia isla de Pascua.

Quedaron asombrados, atónitos, pues hallándose en las entrañas de un volcán, extinto, allí había una luz que parecía solar, y las plantas crecían de forma casi lujuriante.

Además de la exuberante vegetación, había un lago y, pese -a estar en las entrañas de la tierra, daba la impresión de hallarse en cualquier lugar de la Amazonia.

—Esto no se lo va a creer ni el mismísimo general Sandalox — opinó Ald Flashman.

El ingeniero Forrester, antes de abrir la carlinga, con los sensores del vehículo comprobó la climatización de aquel paraje ignorado.

—Esto es perfecto. Humedad, ochenta y cinco por ciento. Temperatura, veinticinco

grados Celsius. Luz subtropical con toda la gama completa, y presión atmosférica, setecientos setenta milímetros. Por todos los planetas de todas las galaxias habidas y por haber, que no lo comprendo.

—Forrester, *¿a* qué profundidad cree que nos encontramos? — preguntó Anatolia.

—Es difícil calcular lo que hemos descendido hasta encontrar la gruta del río suboceánico y luego, las pendientes y descensos con que nos hemos encontrado por el curso de ese río, pero, calculando a bulto, no menos de tres a cuatrocientos metros bajo el nivel de la superficie del océano.

—Creo que hemos descubierto algo importante. Salgamos a verlo.

Ald Flashman abrió la carlinga de cristal, y fue el primero en saltar a la espesa vegetación de árboles, arbustos frutales y plantas de raíces comestibles.

Forrester, mirando en derredor, opinó:

—El paso del río en aquella curva junto a la gruta por la cual se llega hasta este lugar, crea un sistema de vacío que neutraliza la presiónˆ atmosférica. De no ser así, no podríamos estar aquí, porque el agua subiría hasta el mismo nivel del océano, por el simple mecanismo de los vasos comunicantes, suponiendo que arriba haya una entrada de aire, porque, de no existir esa entrada por alguna gruta superior, el agua subiría hasta crear una bolsa de aire comprimido a la misma presión del agua. Todo es simple, pero aquí, todo varía por el sistema de vacío que provoca el chorro de agua del río en el recodo, convirtiendo esto en un lugar paradisíaco. Es una forma natural de bomba de vacío, que neutraliza la presión atmosférica.

—Yo diría que estas plantas no han crecido de forma anárquica —opinó Ald, inclinándose sobre la tierra—. Son comestibles para el ser humano, y, al propio tiempo, no se molestan entre sí.

Anatolia tomó una manzana grande, hermosa.

—¿Crees que esto lo utiliza alguien para algo que todavía se desconoce o ha sido utilizado con anterioridad? Parece descuido. Todo crece lujuriante, pero sin orden.

—No sé qué pensar. Caminemos un poco, parece que no hay nadie.

—De lo que no cabe duda es que si alguien vivía aquí, era vegetariano. No se ven animales por parte alguna.

—Quizá los haya, y no los hemos descubierto —opinó la mujer, con cierto temor, mirando a su alrededor.

Anduvieron a través de la densa vegetación, que les protegía de aquel extraño sol, que se hallaba en lo alto y aparentemente tan lejano como pudiera estarlo el Sol natural, aunque toaos sabían que ello era imposible,

—Puede ser una especie de cristal, que filtre el sol sin quitarle propiedades, y aumentando su potencia, si cabe, hacia este lugar —opinó Ald.

El ingeniero Forrester, por su parte, dijo:

—Podría tratarse de un minisol artificial, colocado en lo alto de esta bóveda, pero eso sólo lo averiguaríamos de una forma.

—¿Cuál? —preguntó Anatolia.

—Quedándonos aquí las horas necesarias hasta que en el exterior se haga de noche. Si aquí oscurece al mismo tiempo que en el exterior, tendrá razón Flashman en su suposición.

Llegaron a una fina playa, que terminaba en la laguna.

La laguna no estaba centrada en aquella especie de paraíso, sino que se prolongaba en forma de arco hacia las paredes verticales de aquel mundo subterráneo, sin horizontes.

La vista se perdía hacia el fondo de la laguna, su otro lado no sé podía ver bien pero sí

su centro, en el cual emergían tres moais, no tan grandes, pero sí relucientes, tres moais de oro puro, que miraban hacia aquel pequeño edén que era una cárcel bajo las entrañas de la Tierra, sin posibilidad alguna de escapatoria, salvo que se poseyera algún vehículo muy evolucionado en su tecnología.

—Ahí está la prueba —exclamó Anatolia—. Este es un lugar que ha sido preparado y habitado.

—¿Qué significará todo esto? —preguntó Forrester, mirando los moais de oro que se alzaban en el centro de la laguna.

—Mi opinión es que nos hallamos en el núcleo, en el santuario de esa religión que levanta los moais. Aquí podían celebrar grandes ceremonias o algo por el estilo.

Los moais de la superficie sólo son el reclamo, el aviso, los indicadores de dónde se encuentra este lugar.

—Pero, ¿quién lo utiliza y para qué? —preguntó Forrester.

—Quizá eso nos lo pueda decir Zara —opinó Flashman—. Sigo pensando que no es una casualidad que su nave haya caído muy cerca de aquí.

—¿Crees que esto es una base extraterrestre? —inquirió Anatolia.

—Quizá.

Tras la ambigua respuesta de Flashman, la mujer observó:

—Si pudiéramos acercarnos a esos moais, y hasta el límite de la laguna...

El ingeniero se inclinó sobre el agua. Bebió un poco de ella para probarla, y manifestó:

—Es buena, dulce. No parece contaminada, aunque habría que hacer un análisis biológico y químico para saber si es auténticamente potable. Creo que debe de tener algún sistema de oxigenación que la hace potable, no es agua encharcada. Diría que el agua de lluvia que cae sobre la isla se filtra de forma natural o artificial y, una vez aquí dentro, al llegar a un límite establecido, se desagua por alguna parte. Además, este agua, con la temperatura ambiente, mantiene la humedad y las plantas no sufren, sino que se desarrollan estupendamente.

—Veré si con el minisubmarino consigo llegar por deslizamiento hasta el borde de la

playa. Investigaremos la laguna y su fondo. Si esos moais son de oro, y están ahí en medio, no puede ser muy profunda.

Flashman se alejó en busca del vehículo.

Al borde de la playa, refrescándose los pies, quedaron Anatolia y el ingeniero Forrester. Ald Flashman penetró en el pequeño submarino, y puso el motor en marcha.

Lanzando una fuerte corriente de vapor, que hubiera abrasado a quien se colocara tras

él, hizo avanzar la nave cilíndrica sobre la vegetación, gracias a los dispositivos de deslizamiento que había en su panza.

Sorteó los arbustos y árboles, sin poder oír los gritos de Anatolia, por hallarse encerrado dentro del vehículo.

Mas cuando llegó a la playa de fina y dorada arena, la mujer se le echó encima, golpeando el cristal con furia, con histeria y terror.

El agua de la laguna, antes quieta, como encharcada, semejaba bullir de una forma repugnante, teñida de rojo. El ingeniero Forrester no aparecía por parte alguna.

CAPITULO VIII

Flashman levantó rápidamente la carlinga del minisubmarino de bolsillo. Apremiante, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido, qué significa esto?

Y señaló el agua, que bullía enrojecida.

—¡Forrester ha querido darse un chapuzón, y ahí dentro lo han atacado!

—Pues me temo que hemos llegado tarde para salvarle —gruñó, pesimista—. Sube. Anatolia se introdujo en el vehículo, y Ald lo metió en la laguna.

Los peces, de unos treinta centímetros de longitud, se estrellaron contra el grueso cristal que protegía a la pareja. De no ser así, habrían sido atacados salvajemente.

—Pirañas —masculló el hombre, mirando los voraces peces que estrellaban sus dientes contra el cristal.

—Dios mío, es una laguna plagada de pirañas.

Pudieron ver los restos del ingeniero Forrester, que en cuestión de breves instantes se había convertido en un esqueleto desarticulado. Era un conglomerado de huesos, que se movían dentro de las aguas mientras los voraces parácidos los mondaban hasta pulirlos, y de tal forma cada pez o grupo de ellos había cogido una parte de la presa, que todos los huesos quedaron mezclados como un macabro *puzzle*.

Sólo comenzaron a hundirse los huesos que ya nada tenían que ofrecer a las voraces

pirañas, de dientes tan afilados como navajas.

—Qué horror, qué horror —gimió Anatolia—. ¡Quién iba a suponerlo!

—No hay que fiarse nunca de lo que parece una simple balsa de aceite. Este lugar es extraño, muy extraño y artificial. Todo tiene un sentido. Si hay árboles y diversidad de plantas, que pueden alimentar al ser humano y el agua es potable, esas pirañas tienen algún motivo de existir.

—¿Qué motivo? ¿Impedir que alguien llegue a los moais de oro?

—Puede ser. Esos moais son verdaderos tesoros. Creo que el hombre jamás ha visto tanto oro junto, aparte del que pudiera haber en las bóvedas de los Bancos nacionales de los países más ricos de la Tierra.

—Yo diría que esos moais tienen una altura demasiado igual entre sí, y una colocación perfecta. Veamos qué hay por debajo.

Encontraron pilares graníticos, que sostenían los tres bustos de oro. Además de las pirañas, en el fondo de la laguna había algas esquilofíceas, protozoos y pequeños seres acuáticos de agua dulce, que hacían que el agua estuviera en regeneración constante.

—Son huesos, huesos humanos —observó Anatolia.

Siempre escoltados por las azuladas pirañas, que los veían como posibles presas, siempre que pudieran desprenderse de la cáscara que representaba el vehículo subacuático, comprobaron que el fondo de la laguna estaba plagado de huesos humanos.

Aquello era un verdadero cementerio, pero había algo anormal.

—Faltan los cráneos —observó la mujer—. Estoy segura; hay maxilares en abundancia, pero faltan los cráneos.

—Es muy extraño todo esto. Si no estuvieran esos peces esperando que abramos la carlinga, cogeríamos muestras. ¿Crees que éste pudo ser un lugar para sacrificios de tipo religioso? Esto pudo ser abandonado hace millares de años.

—Me temo que todavía funciona —objetó la mujer.

Dieron una vuelta completa por el fondo de la laguna. Ald determinó:

—Vámonos, pero habrá que volver para analizar todo esto. La isla

de Pascua siempre ha sido un misterio, que ahora se complica. Quizá haya galerías ocultas, que lleven a lo alto. Siempre se ha dicho que existían galerías ocultas, que los propios pascuenses no querían revelar, por un miedo atávico, ancestral. Quizá sea el temor a ser traídos a este lugar, y sacrificados luego, por alguien superior a ellos.

—Yo hubiera jurado que los moais eran restos de una civilización extraña y extinguida.

—Anatolia, eso nunca se ha probado. Hasta ahora no se ha desentrañado el verdadero sentido de esas grandes estatuas de la isla de Pascua. Salgamos de aquí, quizá Zara nos dé la respuesta.

Abandonaron la laguna y, por el mismo camino que emplearon para deslizarse sobre la vegetación, regresaron, ya sin Forrester, a la gran gruta que les conducía al río subterráneo, que luego se convertía en suboceánico.

Penetraron en él, y no hizo falta poner en marcha los motores. Allí dentro, el rumor del agua era avasallador.

Al fin, fueron lanzados a las profundidades abisales del océano Pacífico. Ald Flashman

puso proa hacia arriba y, poco a poco comenzaron a ver la claridad de un día que moría. Era el atardecer.

Navegaron por la superficie hasta divisar el gigantesco navío portaaeronaves. Por radio, se pusieron en contacto con él, pidiendo ser izados a bordo.

El general Sandalox y el propio mariscal Douglas les recibieron en cubierta y, todos quedaron perplejos al no ver al ingeniero Forrester.

—¿Dónde está? —preguntó el mariscal Douglas.

—Si se refiere al ingeniero Forrester, ha muerto, señor.

—¿Ha muerto, dice? —quiso puntualizar el mariscal, ensombreciendo su rostro.

—Capitán Flashman, tendrá que responder de esto —gruñó el general—. Su aventura submarina ha sido estúpida, inútil y perjudicial. Un hombre de gran valor ha muerto.

—¡General Sandalox, el capitán Flashman no tiene culpa de lo sucedido, y la aventura no ha sido inútil! —exclamó Anatolia, vehemente—. Hemos descubierto un lugar extraño, como una enorme cripta, donde yacen montones de huesos humanos.

Despectivo, soberbio, el general Sandalox despreció:

—¿A eso le llaman un hallazgo importante? En la tierra hay diversas fosas donde se han encontrado restos humanos, producto de sacrificios idolátricos de civilizaciones desaparecidas. No tiene ningún valor para nosotros militarmente, quizá para usted sí lo tenga como antropóloga y arqueóloga.

—La profesora quería decirle también que hay tres grandes moais de oro puro, a tres o cuatrocientos metros bajo el nivel del mar, en un paraíso de lujuriante selva, al cual se llega a contracorriente, por un caudaloso río suboceánico.

—Capitán, usted ha sufrido una borrachera submarina. Me temo que tendrá que pasar por la enfermería. Tómese sedantes, le quiero a punto. Se están tomando medidas cada vez más severas, pues pese a la vigilancia, desaparecen más y más hombres. Hay que terminar pronto con esta situación. Exija a esa Zara que salga de donde está, o tomaremos la medida drástica de devolverla al fondo del océano de donde no podrá salir jamás. ¿Me ha entendido?

Flashman le miró fijamente sin verle. No dijo que sí ni que no, pero el general Sandalox dio por supuesto que había aceptado la orden.

Anatolia y Flashman se dirigieron a la enfermería. El hombre rompió el silencio, observando:

—¿Has oído, Anatolia? Dice que cada vez desaparecen más hombres a bordo.

—¿Insinúas algo? —preguntó, mirándole ligeramente de reojo.

—¿No empiezas a sospechar como yo?

—¿De Zara, de esa nave alienígena no identificada?

—Pueden ser malditas casualidades, pero también pueden no serlo. Si Zara quería capturar a hombres jóvenes, en plenitud de su vigor, no había lugar más idóneo que este navío gigantesco, con

miles de ellos a bordo.

—Pero nadie ha podido entrar en la nave, y se les ha visto caer en el océano.

—Todo es muy confuso, pero la laguna que hemos encontrado en la cripta subterránea de los moais de oro, está llena de huesos. Me gustaría saber si eran huesos de seres seleccionados o no, y luego, faltan los cráneos.

—Ald, creo que estás pensando atrocidades, y te volverás loco si sigues elucubrando

sobre lo que insinúas. Me estás diciendo que esa Zara es como un monstruo, voraz e insaciable.

—Estoy cansado, muy cansado. Creo que necesito dormir; tomaré un sedante. Quizá todo sea agotamiento cerebral, y el general Sandalox, dentro de su sentido práctico, tenga toda la razón. Hemos descubierto un lugar muy especial, pero el planeta Tierra está lleno de templos de las más variadas formas, desde una fosa volcánica de insondable profundidad a una pirámide funeraria. Lo que hemos descubierto es nuevo para nosotros, y luego está la muerte de Forrester. Tengo que descansar, y puede que después lo vea todo más claro. Redactaremos un informe por separado de lo sucedido y, antes de entregarlo al general, los confrontaremos para ver si coinciden. De este modo, com- probaremos que no se trata de alucinaciones. ¿Conforme?

—Sí, conforme —aceptó la mujer.

El la tomó con sus manos por la cintura.

La besó en los labios, estrechándola fuertemente contra sí.

Deseaba olvidar; evadirse a la influencia cada vez más poderosa que ejercía sobre él la desconocida y enigmática Zara.

CAPITULO IX

La imagen de aquel rostro hermoso, suave, de cabellos rubio verdosos, volvía a dominarle.

Se veía en el espacio infinito, avanzando a la velocidad de la luz en dirección inversa a la

atracción solar, alejándose del planeta Sol Tres, de la madre Tierra.

Rebasó a Saturno, Neptuno y a Plutón, escapando del sistema solar e introduciéndose en otros sistemas desconocidos, donde las cosas tenían que ser similares, por la dinámica espacial, pero que no eran exactamente iguales.

De pronto, ante él, como si mirara por la ventana panorámica de la más perfecta nave espacial y al mismo tiempo a través del hermoso rostro de mujer, divisó un pequeño planeta azul celeste que no seguía ninguna dinámica natural.

Era como un planeta libre, que no estaba bajo el sometimiento de ninguna otra estrella ni su influencia orbital.

Aquel planeta, semejante a la Tierra, pero más pequeño, tenía cuatro satélites, todos ellos artificiales.

Dos de ellos (situados con respecto al pequeño planeta en las antípodas el uno del otro) eran fríos y reverberantes, como dos pequeñas limas. Los otros dos, también cruzados entre sí pero más distantes orbitalmente del planeta, eran dos pequeños soles.

De esta forma, el planeta tenía períodos diurnos de seis horas y períodos nocturnos

también de seis horas.

Flashman veía todo aquello con una claridad aplastante, como si estuviera observándolo todo en los datos de una computadora; sin embargo, lo veía a través del rostro femenino, cuyos cabellos semejaban flotar en el espacio o en las profundidades marinas, como si aquel rostro inalcanzable fuera traslúcido.

Tras él veía el planeta de los dos soles y las dos lunas, y tenía la

sensación de que era una copia del planeta Tierra, pero mejorada, como si se hubieran compensado los errores atmosféricos y climáticos para asegurarse una vida perfecta quienes hubieran sido capa- ces de construir aquel mundo artificial que se hallaba en el espacio cósmico, viajando a incalculables velocidades o permaneciendo quieto, inmóvil en el lugar que le convenía.

Era difícil averiguar si el planeta se movía o bien lo hacía el conglomerado de estrellas que formaban las galaxias, como ya había observado Einstein en su teoría de la relatividad.

—Ven conmigo, Ald, ven conmigo. Te pido que vengas, yo te daré la felicidad.

Sintió la imperiosa necesidad de ir hacia Zara, pero se le apareció de pronto el rostro de Anatolia con su cabellera negra, sus ojos acariciantes y a la vez preocupados.

—Ten cuidado, Ald, ten cuidado —le decía—. Yo también te amo, te amo.

Se sacudió en la litera, casi brincó en ella. Se llevó las manos a sus cabellos cobrizo metálicos, aquellos cabellos que tenían un cierto parecido con los tocados que lucían algunos de los moais que había en la isla de Rapa Nui.

Sus dedos se mojaron en sudor, un sudor que no sólo empapaba sus cabellos sino todo su cuerpo.

A tientas, fue hasta la ducha. Se despojó del pijama y dio a la llave del chorro de agua fría.

Quedó momentáneamente sin respiración por el *shock* y el sudor de su cuerpo se disolvió en el agua. Se despejó, pero no tanto como hubiera deseado, pues sentía que le llamaban.

Era una sensación angustiosa a la que no podía desobedecer.

Se miró al espejo mientras secaba su cuerpo y se preguntó si a él también le daría por lanzarse al océano como les había ocurrido a otros.

Se afeitó, más que para dejar su piel suave y cuidada, para comprobar si sus manos temblaban. Como había escogido la arcaica navaja de afeitar y no se cortó, se dijo que sus nervios no se hallaban tan alterados como él suponía, pues de lo contrario, las huellas de

los cortes habrían quedado en su cara como prueba indeleble.

Se puso el uniforme de capitán de los *Scout of Space* y abandonó el camarote, dirigiéndose al hangar.

Algo raro flotaba en el ambiente.

La puerta del hangar estaba abierta y su vigilante no se veía por parte alguna. Si el general Sandalox se apercibía de aquello, iba a entrar en cólera.

Pensó que el centinela podía estar dentro del amplísimo hangar y pasó al mismo, llamándolo:

—Eh, ¿hay alguien ahí?

Hizo la llamada varias veces. Nadie respondió.

En su bolsillo portaba la pequeña grabadora y la ventosa acústica para intentar una nueva conversación con Zara.

Como solía hacer, trepó por la resbaladiza nave hasta donde le fue posible, pues las curvas eran tan pronunciadas y carecían de agarraderos que, salvo que a uno lo descendieran en vertical como una grúa, no se podía llegar a la parte más alta de la hermética y extraña nave.

De pronto, se hizo una fisura en el fuselaje. Allí donde todo parecía liso, apareció una abertura por la que escapaba una luz grana violácea que contrastaba con el blanco metálico del casco de la nave.

—¡Ven conmigo, Ald!

Ald parpadeó, mirando hacia la entrada. No era muy grande, más o menos el doble de una puerta habitual en cualquier hábitat del planeta Tierra.

—¡Zara! —exclamó ahogadamente.

Frente a él había una mujer de líneas perfectas, de largos cabellos rubio verdosos, que semejaban hilos de seda. Vestía una vaporosa túnica semitransparente sin mangas.

Era turbadoramente bella, llamativamente femenina; sin embargo, pese a su aparente delicadeza, no había el más leve vestigio de debilidad en ella. Sonreía y le ordenaba al mismo tiempo:

—Ven conmigo, Ald. Yo te haré emperador del mejor de los mundos.

Flashman estaba seguro de que aquel rostro era el mismo de sus pesadillas. O ella tenía el poder de meterse en su cerebro, o era él quien tenía el poder de captarla a ella.

Como no se dejó dominar por completo, su suspicacia le hizo pensar que era Zara quien se había metido en su mente. El cerebro femenino debía de ser muy poderoso y por lo tanto, temible. Se dijo que, mentalmente, debía de mantenerse a la defensiva. Ella pare- ció notarlo y amplió su sonrisa.

—No temas, Ald, no temas. Tú eres el elegido. Le tendió la mano.

Ald avanzó hacia ella y puso su mano sobre la femenina. Ya tocó y comprobó que aquello no era una pesadilla, sino algo real, tangible. La notó fría y cálida a la vez.

Ella cerró sus dedos alrededor de la mano del hombre y jaló hacia el interior de la nave. Después, la compuerta se cerró tras el cosmonauta.

—No era cierto que existiera un desnivel atmosférico entre el interior de la nave y el exterior, ¿verdad?

Ella pasó de la sonrisa a una suave carcajada, y no le soltaba la mano.

—Eres inteligente y astuto, Ald, lo eres de verdad. En vez de preocuparte de mirar en derredor, de escrutar rápidamente lo que contiene esta nave que te es extraña, me miras a los ojos y dices que te he mentido. Y tienes razón, te he engañado.

—Tú no tienes miedo, te sentías muy segura aquí dentro. Has mentido para ganar tiempo, ¿verdad?

Tenía que hacer violentos esfuerzos para no atraer a Zara hacia sí y cubrirla de besos. Con sus ojos, sus labios, sus sensuales movimientos, ella le incitaba, pero el hombre se rebelaba a obedecer, a ser un juguete de la mujer.

—Es cierto, quería ganar tiempo, necesitaba tiempo.

—¿Para reparar la nave?

—No te puedo engañar, ¿verdad? Anda, sígueme, te mostraré la nave. Es amplia, segura. Invulnerable a los sistemas bélicos de la civilización a la que perteneces, como ya has comprobado.

Se dejó arrastrar por el interior de la nave que parecía habitar ella sola, pero Ald tenía la impresión de que Zara no estaba sola allí dentro.

Lo más curioso es que por ninguna parte se veían complicados mecanismos electrónicos ni siquiera motores, como hubiera podido verse en cualquier nave terrestre.

—No me has dicho aún si has conseguido superar la avería de tu nave.

—¿Qué importancia tiene para ti que te responda sí o no?

—Eres mujer, tienes sutileza de mujer. Hay muchas cosas que debes explicarme.

—¿Por qué, por qué crees que tengo que explicarte algo? Yo te concederé el privilegio de ser el emperador del planeta libre de los dos soles o, para que me entiendas mejor, el planeta de las amazonas.

—¿Un rey en el planeta de las amazonas?

—Sí, un emperador.

—¿Cómo en una colmena y luego, cuando la reina está fecundada, se le mata?

—¿Y si te prometo la supervivencia?

—¿Como un semental? Acaso tú eres la emperatriz de ese planeta de las amazonas, ese planeta de dos soles y dos lunas, ese planeta que está fuera del sistema solar y es libre?

—¿pe modo que lo sabes?

—Tú me lo has comunicado telepáticamente.

—Es cierto, me he comunicado contigo, pero en esa clase de contactos, es difícil saber hasta dónde se expresa, pues los sentimientos también intervienen.

—Ya sé que tú deseas llevarme contigo a ese planeta, pero, ¿no te has detenido a

pensar que yo puedo no querer ira allá?

—Imposible. Eres un hombre y los hombres sois aventureros natos. Además, eres un cosmonauta y para ser cosmonauta hay que poseer los máximos atributos de descubridor. Por otra parte, eres un hombre muy viril, fuerte, musculoso, la clase de hombre que debería ostentar el privilegio del macho dominante, como en la mayoría de los otros animales. El ciervo más fuerte es el que se lleva a todas las hembras.

—Los hombres somos vanidosos. ¿Ese es el camino que has elegido para seducirme,

para vencer mi resistencia?

—Eres duro, Ald. Yo quiero llevarte conmigo de buen grado. ¿Sabes que ya puedo hacer moverse la nave y marchar de aquí?

—El techo del hangar está cerrado.
Ella se rió.
Luego dijo:

—Pobre Ald. Yo, desde aquí dentro, puedo hacer que levanten el techo del hangar.

—¿Pretendes hacerme creer que tu voluntad es tan fuerte que, desde aquí, puedes influir en los hombres que manejan los controles del hangar?

Sí.

—No puedo creerlo.

—No te quedará otro remedio, Ald.

—¿Tú sola manejando esta nave y con un poder mental tan

poderoso? Es difícil aceptarlo.

—El maldito machismo terrícola... Ven conmigo, Ald, ven.

Le condujo a una amplia sala iluminada discretamente. Ald Flashman miró en derredor y vio lo que había en el exterior de la nave. Vio el hangar vacío, tal como él lo dejara.

—No es posible, esto es como el cristal.

—Así es.

—Si por fuera no se ve nada, es como metálico —gruñó Ald, asombrado.

—Sí, pero desde dentro se puede ver hacia afuera. Esa es una de mis ventajas. Yo estaba viendo vuestros inútiles esfuerzos por abrir la nave y sacarme de aquí. En cambio, vosotros no me veis a mí.

—Perfecto, asombrosamente perfecto... Debo admitir que habéis llegado a una tecnología muy avanzada. ¿De verdad todo esto se debe a un mundo habitado por mujeres exclusivamente?

—No del todo. Nosotras somos hijas de una civilización que hace millones de años se

originó en la Tierra. Avanzamos mucho, pero la vida no era perfecta aquí. Una luna natural estaba abocada a caer sobre la Tierra, provocando un gran cataclismo que haría desaparecer nuestra civilización. Eso se calculó dos milenios antes de que se produjera el cataclismo astral y la civilización a la que pertenezco se puso a trabajar. Se consiguió crear un planeta artificial que es el que ahora habitamos, en él todo está controlado, las plan- tas, los animales y los seres humanos. Allí nada nace sin que muera otro espécimen exacto.

—Ya, crecimiento cero. Eso es muy aburrido.

—No creas, tenemos nuestras diversiones. El caso es que nuestra tecnología fue muy avanzada y el macho dejó de ser superior a la hembra. No sólo se logró una igualdad total, sino que tuvo lugar la primera guerra del sexo.

—No me digas que la ganasteis las mujeres…

—Sí, la ganamos nosotras. Tuvimos más astucia, más sutileza y como ya no era importante la fuerza física para la guerra, vencimos. Es algo que también puede llegar a ocurrir en vuestra civilización.

—¿La guerra de los sexos? Qué extraño, y yo que pienso en el amor, en la unión de los

sexos
que
representa
la vida…

Zara se acomodó en una especie de triclinio muy mullido, sin soltar la mano del hombre. Sonriendo e invitándole a que la besara, musitó:

—Te estarás preguntando que si vencimos nosotras, cómo es posible que nuestra especie se reprodujera, ¿verdad?

—¿Hicisteis esclavos?

—Sí, ése fue el sistema; pero hubo un hombre, Aquilón, un gran sabio, una especie de Leonardo da Vinci de vuestro tiempo, mezclado con un Einstein y algún otro más. Fue un hombre excepcional que se rebeló contra la esclavitud a la que habíamos sometido al sexo masculino.

—¿Y se vengó o lo hicisteis emperador como quieres hacerme a mí?

—No sabemos cómo lo consiguió, pero en un laboratorio que se hizo dentro de su campo de concentración, con los medios más básicos y rudimentarios, el muy maldito logró un cultivo viral que no reveló a nadie, ni siquiera a sus más allegados colaboradores. Aquel virus causó la esterilidad total entre los esclavos capturados y sometidos. Aquilón se rió de nosotras, diciendo que lo mismo que morían ellos, nosotras moriríamos también por haber creído, en nuestra soberbia, que podíamos esclavizar al varón hasta someterlo casi al nivel de un animal doméstico.

—¿Y lo condenasteis a muerte?

—No fue necesario. Los demás esclavos, que se habían

acostumbrado al sistema, lo lincharon. Luego, vino el problema y tuvimos que empezar a viajar. Llegamos a la Tierra de nuevo, buscando hombres para garantizar la perpetuidad de nuestra especie.

—Ahora comprendo por qué todos los hombres del portaaeronaves iban a la enfermería a hacerse un chequeo completo.

—Se lo ordené yo. En una cosa hemos evolucionado mucho sobre vuestra civilización, aunque todos seamos terrícolas.

—¿En el uso de los poderes de la mente?

—Exacto. Para nosotras sois como niños, casi como perritos, según vuestra opinión.

—Eso es demasiado decir.

—Tengo ya a cien hombres en esta nave para llevármelos.

—¿Cómo has dicho?

—Lo que has oído. Tengo a cien hombres en sus respectivas cápsulas, hombres escogidos, seleccionados. La verdad es que he hecho que algunos se lanzaran por la borda para dar la impresión de que los demás desaparecidos habían seguido el mismo camino.

—Ahora comprendo como ya, desde el primer día, el vigilante desapareció. ¿Está aquí dentro?

—-Sí, lo mismo que tú.

—'Entonces, has venido a la Tierra para recoger ganado masculino.

—Si tú mismo te empeñas en llamarte ganado... Vamos, Ald, te ofrezco la oportunidad

de ser emperador; serás bien tratado.

—Y sometido, porque mi poder mental es inferior al tuyo. No me interesa.

—Te interesará. Después de todo, hasta es preferible que seas reacio, es parte del juego. Como ya tengo la dotación completa, nos marcharemos; pero primero hay que pasar un período de cuarentena.

—¿En la caverna de los moais de oro?

Ella parpadeó, evidentemente sorprendida.

—¿Yo también te he dicho eso?

Flashman comprendió que Zara ignoraba que él, por el fondo del océano, había llegado a aquel extraño lugar donde Forrester había perdido la vida.

Tenía poder mental, pero no tanto como quería dar a entender, pues no podía sonsacar de su memoria los recuerdos y Ald comprendió que aquélla podía ser un arma a emplear por él.

—Tú misma me has hecho ver, en tus comunicaciones telepáticas, que hay un jardín paradisíaco bajo el fondo de la tierra y de los mares. Hay una laguna, tres moais de oro y toda clase de plantas comestibles, árboles frutales y unos peces que devoran a los hombres que se sumergen en el lago.

—No están para devorar a los hombres, sino a los restos inservibles.

Flashman parpadeó. Ya no cabía duda alguna, Zara tenía que ver con todo lo que habían descubierto.

—Entonces, los moais los habéis puesto vosotras.

—En realidad, los tallaron los artesanos que han vivido aquí desde tiempos remotos, pero sí los hemos hecho colocar en los lugares donde están con nuestros poderes. El busto de esos moais es la reproducción de Aquilón, el hombre que decidió esterilizar a los varones esclavos. Los pusimos como símbolo para establecer nuestra colonia en la Tierra, como burla y sarcasmo hacia él porque al tiempo que nos servía de guía con sus gigantescos bustos, veía con sus ojos como nos marchábamos de aquí, llevándonos a los hombres que necesitábamos para seguir siendo las dueñas de nuestro planeta azul artificial y no desaparecer por falta de reproducción.

—Pero me temo que habéis llegado a lo mismo que nosotros con los animales, es decir a la fecundación artificial.

—No eres estúpido, Ald. Sí, abajo, al paraíso bajo la tierra, llevo a los hombres y allí

están para obtener lo que nos es necesario y que, regularmente, una

nave viene a buscar.

—¿Y los cráneos? ¿Qué tienen que ver con vuestra supervivencia?

—Es que los cerebros los utilizamos para otra cosa, es nuestro sistema de energía.

—No lo entiendo. ¿Vuestro sistema de energía?

—Ya te lo contaré en otro momento. Después de todo, tú serás el único varón que tendrá el privilegio en este viaje de llegar entero al planeta de las amazonas. El emperador que tenemos ahora ha envejecido, aunque él se niegue a reconocerlo.

—No me sorprende. Si está solo en un planeta de mujeres es para envejecer prematuramente. ¿Y eso me va a suceder a mí?

—Tonto, puedes obtener lo que ningún hombre ha obtenido, ni siquiera en sus sueños más delirantes.

—Quiero saber qué hacéis con los cerebros.

—¿Y si no te lo digo qué harás? Sois muy infantiles los hombres. Bésame. Quiero saber cómo es un beso de un hombre joven.

—Nunca te han besado, ¿verdad?

Ella, tendida en aquella especie de triclinio en el centro de su nave, negó con la cabeza. Ald pasó la yema de su dedo por los labios femeninos y dijo:

—Hay muchas cosas que debes explicarme.

—Todo lo sabrás cuando llegues a tu imperio.

—Un imperio donde, en vez de emperador, seré un juguete.

—No, serás el que presidirá las ceremonias. Será algo fantástico, ya verás.

—¿Y me acosaréis con vuestros caballos, os divertiréis persiguiéndome? Zara sonrió.

—Eres demasiado receptivo telepáticamente, Ald. Eso sólo es un juego para lo mejor de las amazonas y nunca te sucederá nada malo. Te lo podrá decir el emperador al que vas a suceder.

—¿Y qué le ocurrirá a él cuando yo llegue?

—Preguntas demasiado, demasiado. Bésame, quiero saber cómo es eso.

—¿Qué le ha sucedido a vuestro emperador; ya no besa, o acaso me estás mintiendo y él ya ha muerto? Como eres una sutil mentirosa...

—Preferiría no tener que obligarte a que me beses.

—Te besaré como deseas. Después de todo, digas lo que digas, no sabría si creerte o no.

Se inclinó sobre ella y la besó en la boca, primero con suavidad, luego con fuerza.

La notó vibrar bajo sus labios y le acarició el cuello con sus manos. De pronto, con las yemas de sus dedos, presionó con fuerza y de manera implacable. Había encontrado las carótidas.

Zara quiso apartarlo de sí. Forcejeó para librarse de la presión de los dedos del capitán Flashman sobre sus venas carótidas que le estaban dejando el cerebro sin riego sanguíneo.

Su poder mental disminuía y se acercaba su muerte...

CAPITULO X

—Estás reducida mentalmente, Zara, ya no eres más fuerte que yo con tu cerebro dotado de poderes para- normales que los seres de mi civilización no hemos aprendido a utilizar de forma ordenada, de modo que me obedecerás o tu cerebro morirá por falta de sangre. ¿Me oyes?

Ella, con los ojos cerrados y una confusión en su cerebro, como mareada, asintió débilmente.

—No me mates. Yo te haré poderoso, Ald, poderoso.

—¿Dónde están los cien hombres que has capturado?

—Dormidos.

—Despiértalos.

—No puedo. Tienes que aflojar tus dedos en mi cuello, necesito fuerza mental.

—No, esa argucia no. En una ocasión ya vencisteis a los hombres, amazonas de la guerra. Si están dormidos, habrá tiempo para rescatarlos.

Zara forcejeó, pero si su mente era poderosa, su cuerpo seguía siendo femenino y por tanto, estaba en inferioridad física respecto al cosmonauta capitán Flashman.

—Está bien. Salgamos de la nave, afuera tendremos tiempo de charlar.

Sin aflojar su presión sobre las carótidas de la bella para que su cerebro no funcionase al máximo, la sacó de su triclinio anatómico y casi en volandas, la llevó hacia la puerta.

—Abrela —ordenó Ald.

Zara, tambaleándose, pues se notaba que su riego sanguíneo cerebral era deficiente, puso su mano sobre un cuadro verde, algo mayor que la propia mano. La puerta se abrió automáticamente.

Ald la sacó fuera y, de inmediato, la puerta de la nave se cerró tras sí.

Ald quiso retroceder para evitar que la puerta se cerrara, pero en aquel momento, Zara intento escapar. La sujetó más fuerte y ella perdió el conocimiento y a punto estuvo de caer desde el lugar donde estaban, por el costado de la nave.

—¡Capitán Flashman! ¿Qué ocurre?

—General Sandalox; es Zara, la he sacado de la nave.

—¿Muerta?

—No, inconsciente, pero habrá que llevarla corriendo a la enfermería. La he dejado sin riego sanguíneo cerebral y puede estar afectada —dijo, cogiéndola en brazos y mirando las huellas azuladas que él mismo le dejara en el cuello.

—¡Es usted un salvaje, capitán Flashman, ha estado a punto de estrangularla! —

respondió, llegando a su lado tras una larga corrida.

—Ha sido necesario, general. Tiene un poder mental muy fuerte. Cien hombres de la dotación de este navío están ahí dentro.

—¿Cómo dice?

—Lo que ha oído. Hay que llevarla a la enfermería para recuperarla, hacerle un electroencefalograma para ver si le he afectado el cerebro y darle algún narcotizante para que no pueda emplear su poder mental, que es muy poderoso.

Mientras caminaba aprisa con Zara entre sus brazos, el general Sandalox corría a su

lado, inquiriendo:

—¿Tan fuerte es su poder mental?

—Ríase usted de las hipotéticas brujas del medioevo; ya le explicaré, general. Ahora hay que salvarla, o los cien hombres que están encerrados en esa nave no saldrán vivos jamás.

La llevaron a la enfermería. El médico miró con muy mala cara las huellas del cuello femenino tras admirar, de una ojeada, la belleza de la extraña mujer de cabellos rubio verdosos.

Anatolia no tardó en presentarse en la enfermería y tuvo que admitir que su rival, pues la consideraba su rival con respecto a Flashman, era rabiosamente bella.

En la enfermería reanudaron la circulación cerebral, pero antes de que se recuperara, le inyectaron un fuerte sedante.

Zara, sólo despertar del casi estrangulamiento, entreabrió los ojos, buscó a Ald y musitó:

—No me
vencerás, no
me vencerás.
Después,
torció la
cabeza.

El capitán médico dijo:

—El sedante ha surtido efecto, dormirá durante unas horas.

—Doctor, ya le iré dando instrucciones —indicó el general Sandalox—. Por el momento, parece que no interesa que recupere totalmente la lucidez mental.

—¿Por qué? —preguntó el galeno.

—*Top secret,* doctor, *top secret;* pero que no despierte totalmente de los sedantes rebajados. Que no duerma si no quiere, pero que quede, usted ya me entiende.

—Sí, sedada. Obedeceré sus órdenes, pero no me gusta. Esas manchas que tiene en el cuello han estado a punto de matarla —gruñó el médico.

Anatolia miró acusadoramente a Flashman, el cual suspiró.

—Menos mal que no ha muerto, pero es que es de temer. Me ha contado muchas cosas, pero no podría asegurar cuáles de ellas son ciertas y cuáles mentira.

¡El general Sandalox, pasado su nerviosismo, apoyó una mano sobre el hombro de Ald y le dijo:

—Tómese un descanso, capitán Flashman. Es cierto que la presa ha estado a punto de morir, pero usted siguió la nave, la ha rescatado del fondo de los océanos, estableció comunicación con ella y al fin ha conseguido sacar a la pollita del interior de su cascarón. Si hay cien hombres metidos ahí dentro, los sacaremos. Si ya la tenemos atrapada, es lo básico. ¿Había más como ella dentro de la nave?

—Creo que no, aunque no puedo asegurarlo. Podrían haber más como ella criogenizadas para un largo viaje; consciente y gobernando la nave, sólo ella. No se lo va a creer, general, pero procede de un planeta de amazonas, que hicieron la guerra a los hombres y la sanaron.

—Eso parece una tontería, una historieta.

—Es lo que me ha contado a mí, general, y los hombres que se lleva de aquí son para garantizar la perpetuación de su especie. Al parecer, cuando los hombres

o el sistema de reproducción se les agota, vienen por más hombres al planeta Tierra.

—Qué divertido, eso lo he visto yo en alguna historieta... ¿Y qué hacen cuando les

nacen niños en vez de niñas?

Flashman quedó desconcertado y respondió:

—Francamente, no me lo ha dicho, ni se me ha ocurrido preguntárselo.

—Bien, bien, usted ha cumplido —siguió palmeándole el hombro —. Ahora, un equipo de psicólogos y psiquiatras harán el resto.

—Le advierto que sus poderes mentales son superiores a los

nuestros y puede ser sumamente peligrosa. Tienen gran capacidad telepática. En cuanto a su nave, me ha comunicado que la avería ya está reparada y puede ponerla en funcionamiento cuando quiera.

—Mientras sea nuestra invitada especial, no podrá poner en marcha su preciosa nave.

—¿Invitada o prisionera? —interpeló Anatolia.

—Verá, profesora, si ella ha metido a cien hombres en su nave, provocando un caos a bordo de este navío, es lógico que, como compensación, sea nuestra prisionera.

CAPITULO XI

Con un reacóptero, Ald Flashman sobrevoló la isla de Pascua o Rapa-Niu, buscando una posible salida de la gruta submarina y también para descubrir si se podía ver algo de aquella especie de sol artificial que había en lo alto de la bóveda de la gran gruta subterránea, una gruta cuyo techo era incalculable para ellos, pues quizá tenía dos millares de pies. Era algo inverosímil.

Decepcionado regresó al portaaeronaves

La isla tenía muchas grutas, pero nada delataba que alguna de ellas pudiera ser el camino hacia aquel paraíso, si es que realmente se podía llegar desde tierra, pues quizá sólo se tratara de una enorme burbuja de aire encerrada bajo el subsuelo del propio océano.

Había mirado y remirado los mapas de la isla de Pascua; había observado con atención radiofotografías en infrarrojos y ultravioletas, realizadas por satélites artificiales.

Sólo se sabía que, en aquella zona, también en otro punto del Perú y sobre un lugar al norte del Sahara español en Africa, las brújulas enloquecían sin conocerse el motivo, por lo que Flashman comenzó a pensar en el pequeño sol artificial. ¿Tendría propiedades magnéticas?

Experimentaba una lisera sensación de fracaso aunque, según el

general Sandalox, todo estaba resultando un éxito.

Ya tenían prisionera a Zara que, según ella misma, procedía de una civilización terrestre antiquísima, que se había salvado por haber construido a tiempo un planeta artificial en el que supervivir, un pequeño planeta azul perfecto, sin cataclismos, controlado y en el que sólo vivían las mujeres, que subestimaban a los hombres y sólo los utilizaban para la reproducción y humillarlos con sus juegos.

Aquélla era una situación harto peligrosa. La pareja humana se había creado para complementarse, no para vivir sola ninguna de las dos partes. Mas era muy difícil dialogar con Zara. Ella sólo conocía el mundo de las amazonas como civilización perfecta y eso lo había heredado durante cientos de generaciones.

Para ella, el hombre podía ser un placer, un juguete y el elemento indispensable para

su reproducción biológica, para la supervivencia de su civilización, nada más.

Ya en el portaaeronaves, abandonó el reacóptero y se dirigió a la piscina deportiva de a bordo, donde los hombres de la tripulación practicaban la natación y se entrenaban para realizar muchas funciones acuáticas, puesto que la altura del casco de la nave no permitía realizar dichas prácticas en el mismo océano, que podía resultar peligroso por el oleaje y los tiburones.

Jadeante, llegó a la orilla y al sacar la cabeza, más agua salpicó su rostro.

Era Anatolia, que permanecía sentada en el borde de la piscina, con los pies en el agua.

—Hola. —Se subió al borde, sentándose junto a ella—. He tratado de ver algo en la isla y no he encontrado nada que indique lo que descubrimos abajo.

—Al general Sandalox no le ha interesado.

—¿No se ha leído los informes?

—No —respondió Anatolia con sinceridad.

—Pues Zara tiene que ver con esos moais, me explicó su historia.

—Lo sé, pero el general quiere sacársela a ella misma. Ald, has tenido demasiados éxitos y el general desea ahora tener sus propios éxitos, te tiene celos.

—Eso es absurdo.

—No tan absurdo. He oído que quieren hacerte jefe de los *Scouts of Space.* El general

Sandalox, con su carácter, se ha ganado muchos enemigos.

—Qué tontería. Es duro, algo testarudo, pero el hombre idóneo.

—Me temo que él ha escuchado estos rumores y quiere éxitos personales, ñor eso nos ha situado ya al margen de toda la investigación. Te otorgará una condecoración muy estimable, te propondrá para un ascenso, pero sólo eso. El resto quiere hacerlo él. Así, cuando la noticia se divulgue al mundo y todo esté solucionado y los cien hombres encerrados en la nave de Zara liberados, su imagen será la que aparecerá en la tele- trivisión y todos le aclamarán a él.

—¿Qué más da que sea él o yo? Lo importante es que el problema quede solucionado.

—Eres demasiado modesto, Ald, y el general Sandalox no es como tú. Ahora, de un momento a otro, tanto tú como yo recibiremos una orden para desplazarnos a cualquier otro lugar, lejos de aquí. El se dedicará a interrogar a Zara; tiene medios electrónicos para hacerlo.

—Subestima a Zara y a sus poderes mentales, que nosotros hemos englobado en la

parapsicología. Ya sabes, telequinesis, telepatía, etcétera. Dominando nuestras mentes, nos dominan a nosotros completamente. Esas amazonas del espacio no necesitan cañones que disparen dardos cósmicos ni nada por el estilo. Con su poder mental paralizan al enemigo o le obligan a someterse.

—¿Te ha obligado a someterte? —preguntó Anatolia mal intencionadamente, mirándole a la cara y tratando de hallar algo que indicara si mentía o decía la verdad.

—Estuvo a punto, pero al parecer, nos quedan restos de rebeldía si dominamos nuestra

propia mente. El dominio total no es tan fácil si ofrecemos resistencia. Quizá lo mejor para ellas es utilizar la sorpresa y. por tanto, la no resistencia cerebral de su enemigo.

—Entonces, tú resististe cerebralmente, por eso le apretaste el cuello.

—Bueno, también la besé.

—¿Y qué tal?

—¡Las comparaciones siempre son odiosas.

—Es cierto, tú no eres el único hombre que me ha besado.

Anatolia pataleó en el agua como jugando y mirando la propia agua que salpicaba. Era obvio que le había molestado que Ald Flashman besara a Zara.

De pronto, se escuchó un rumor.

Flashman levantó la mirada y vio que algo blanco metálico se alzaba en el aire. El rumor había sido el techo del hangar al correrse.

Después, la nave no identificada comenzó a alzarse sobre el navío sin producir el más mínimo ruido.

—¡Si es la nave de Zara! —exclamó Ald, poniéndose en pie al borde de la piscina.

—¡Se va! —gritó Anatolia.

Nadie en el portaaeronaves parecía dar importancia a la nave que se desplazaba sin hacer ruido. Luego, descendió hasta el océano y se sumergió en él suavemente hasta

desaparecer.

Ald y Anatolia la vieron hundirse en las aguas desde la baranda.

—¿Cómo la han dejado escapar? —rugió Ald.

—¿Qué habrá ocurrido?

—Habrá que subir al puente para averiguarlo.

Corrieron chorreando agua y en traje de baño hasta el puente de mando. Allí, el comandante del portaaeronaves les recibió desconcertado.

—¿Por qué ha dejado marchar a la nave alienígena? —inquirió Ald agresivamente.

—Me lo ha exigido por el intercomunicador el propio mariscal Douglas.

—¿Y dónde está ahora el mariscal?

—Lo ignoro.

—Vamos, comandante, hay que encontrarlo de inmediato. Me temo que la prisionera ha escapado.

Se tocó el zafarrancho de combate a bordo del gigantesco navío y todos los hombres

acudieron a sus puestos.

Mientras, unos ordenanzas comenzaban a buscar por las habitaciones, la enfermería y los hangares.

Al fin, por el intercomunicador del puente llegó la voz de un oficial:

—¡Mi comandante, el mariscal Douglas está en su litera, dormido! El doctor Tarrouse dice que parece hipnotizado.

El comandante miró a Ald y Anatolia. Ald, que había escuchado la respuesta por el altavoz del puente, preguntó:

—

¿Y

el general Sandalox? El oficial respondió:

—Ha desaparecido. La prisionera tampoco está en la enfermería.

Flashman suspiró. Se dejó caer sobre la butaca giratoria desde la que se podía gobernar el portaaeronaves y se movió a derecha e izquierda.

—Advertí al general que era peligrosa —gruñó—. Le ha dejado recuperar todo su poder cerebral para interrogarla y ella, mentalmente, le ha dominado, utilizándolo para escapar.

—Ahora tendremos que esperar a que despierte el mariscal Douglas y decida en esta situación —objetó el comandante.

—Quizá no haya tiempo, hay que obrar con rapidez. Yo creo saber adónde ha ido la nave de Zara.

Anatolia le observó interrogante.

—¿Crees que está en aquel paraíso subterráneo?

—Sí, creo que está allí y que comenzará su operación. Es bella, de dulce apariencia, pero un auténtico monstruo devorador de hombres.

—Pero, ¿qué va a poder contra esa nave que es inexpugnable? —preguntó desasosegado el comandante del navío.

—No lo sé, pero quiero que me den una carga nuclear que ocupe el puesto de un hombre.

—Una carga termonuclear de ese tamaño puede hacer mucho daño.

—¿Tiene una mina termonuclear con efectos de ultrasonido

potencial?

—Sí, pero esas minas son muy peligrosas —insistió el comandante.

—Por favor, confíe en mí. Meta una de esas minas en el minisubmarino.

—Yo voy contigo, Ald —dijo Anatolia, resuelta.

—No es necesario que tú te arriesgues.

—Si no me llevas contigo, me tiro al mar con los tiburones. Yo puedo ayudarte, conozco el camino. Si ella vuelve a dominarte con su mente, yo puedo sacarte; sé manejar el minisubmarino.

—Está bien, iremos los dos. Comandante, prepare el minisubmarino y la mina; luego, rece por todos nosotros.

—¿Qué quieres conseguir, Ald? —interrogó la mujer, angustiada.

—Amenazarla, será un desafío. Si tú me ves vacilar, intervienes.

Ald Flashman comprendió que iba a sostener una guerra mental con la amazona que, si físicamente era bella, mentalmente era un monstruo para ellos los terrícolas.

Bastaba recordar las montañas de huesos humanos que había en el fondo de la laguna subterránea, huesos humanos, roídos por las temibles y voraces pirañas.

CAPITULO XII

El diminuto submarino de bolsillo fue cargado con la mina termonuclear con el accesorio de ultrasonido potencial, capaz de provocar un movimiento sísmico.

Con aquel artefacto de alto poder destructivo amarrado en el asiento que había entre

Ald y la propia Anatolia, se sumergieron en las aguas oceánicas.

El mariscal Douglas seguía inconsciente en su litera y el doctor Tarrouse, preocupado, estaba a su lado.

El comandante de la nave no estaba muy seguro de si había hecho bien o no atendiendo a las sugerencias de Ald Flashman, pero como éste era quien había des- cubierto y rescatado la nave alienígena, pensó que era el hombre más facultado para decidir lo que había que hacer con la nave fugitiva, que se había llevado al mismísimo general Sandalox como prisionero.

No les costó encontrar el camino de los moais submarinos y el caudaloso río suboceánico.

—¿Estás lista, Anatolia? Quizá no volvamos a salir jamás vivos de ahí dentro.

—Estoy dispuesta a ir donde tú quieras, Ald.

—La mina tiene una espoleta retardada. Si ves que yo flaqueo, pon en marcha el mecanismo de disparo de la mina. Luego, saldrás a escape por el río subterráneo hasta el océano. Sin este submarino de bolsillo, no habría cuerpo humano capaz de soportar estas profundidades.

—¿Pretendes que la mina estalle en el río y que la gruta por la que discurre se derrumbe, cegándolo?

—Sí. Taponando el río, éste vertirá sus aguas en la gruta que da al santuario de los moais y la nave de Zara no podrá salir de allí, quedará atrapada.

—Pero será la muerte para quienes queden dentro —protestó Anatolia.

—Será un sacrificio, es cierto, pero habrá que admitirlo como un mal necesario para encerrar a Zara y que jamás escape de ese santuario que ellas mismas crearon.

Anatolia quiso formular nuevas objeciones, pero se abstuvo, segura de que sería inútil. Flashman estaba decidido a todo con tal de destruir a Zara, a todo, incluso a sacrificar su propia vida.

Se introdujeron en el caudaloso río subterráneo, por el que debía de haber pasado holgadamente la nave de Zara.

Navegaron contra corriente hasta salir a la gruta seca donde el río formaba un recodo y absorbía el aire nivelando la presión.

Ald detuvo allí el submarino de bolsillo, sin arriesgarse a pasar al

santuario. Notó entonces que allí no había fuerte corriente de aire; se dio una palmada en la frente y dijo:

—Ahora caigo… Si hubiese una entrada de aire por alguna parte, aquí donde se

produce el efecto de vaciado, habría una corriente de aire tan fuerte que nos absorbería el propio río. Si no hay corriente de aire y, sin embargo, aquí se nivela la presión por efecto de una bomba de vacío natural, es que la gruta no tiene ningún orificio de salida al exterior y lo que hay en lo alto, obligadamente, es un pequeño sol artificial.

—Entonces, ¿el oxígeno que se consume?

—Hay muchas formas de conseguir oxígeno: Descomponiendo el agua, las propias

plantas e incluso se pueden dejar minerales que, por reacción química, vayan desprendiendo oxígeno lenta y regularmente.

—¿Quieres decirme que si hago explotar la mina, la salida quedará taponada para siempre y el río se meterá ahí dentro? —Anatolia señaló el jardín artificial, aquel edén paradójicamente infernal.

—Sí. Bien, Anatolia, hay que dar la cara. Tú te quedarás aquí. Si ella me vence, activas la espoleta de la mina y te alejas. ¿Comprendido?

Ella quiso chillar que no, pero se colgó del cuello del hombre y lo besó apasionadamente en la boca.

Con los ojos empapados en lágrimas, dijo:

—Lo que tú ordenes, capitán Flashman.

El hombre hizo un esfuerzo por separarse de ella. No deseaba hacerlo y no por miedo, sino por quedarse con ella.

Andando, avanzó por la gruta en aquella lujuriante vegetación.

No tardó en descubrir a los hombres de la dotación del navío que habían desaparecido. Comían frutas y le miraban con indiferencia. Sus miradas estaban perdidas, vacuas.

Ald comprendió que sus mentes se hallaban sometidas.

Caminó hacia la laguna y se encontró con el general Sandalox que se le echó encima materialmente.

—¡Flashman, Flashman! ¿Cómo ha llegado hasta aquí? —Sin darle tiempo a responder, prosiguió—: Tenía razón, es como una bruja, una druidesa. En su maldad, llegan incluso a exterminar a los hijos varones que les nacen.

—Se lo advertí, general, pero usted no me hizo caso. El poder mental de Zara es endemoniado.

—¿Sabe qué energía utiliza, lo sabe?

—No, no me lo dijo.

—¡Pues a mí sí me lo ha contado y se ha reído de mí! Me ha comunicado que yo seré el motor que la lleve a su planeta de las amazonas.

—¿Usted su motor? No entiendo, general.

—En realidad, se le murió el cerebro que traía como motor cuando venía a la Tierra, ésa era toda su avería. La nave había quedado sin su poder, aunque siguiendo la ruta marcada de antemano.

—No comprendo. ¿Cómo puede ser su motor un cerebro?

Terriblemente excitado, el general aclaró:

—Extirpa el cerebro de nuestros cráneos; los mete en un artefacto y los alimenta con una sangre rica en radioisótopos de fósforo, muy especiales, que obtienen mediante unos mecanismos. El cerebro así alimentado adquiere un poder temible, incalculable.

—Si tiene tanto poder, ¿cómo no la domina incluso a ella?

—Porque antes de someterlo a esa alimentación de radioisótopos de fósforo por una corriente sanguínea artificial, mientras el cerebro flota en suspensión protoplasmática, secciona los lóbulos de la voluntad, del recuerdo y otras circunstancias. Sólo deja la parte del cerebro que le interesa. Por lo visto, en cirugía del cerebro están muy adelantadas. Después, mentalmente, ella ordena a este super cerebro y el cerebro adquiere unos poderes paranormales diabólicos. Fíjese hasta qué punto que la levitación y la

telequinesia que produce son suficientes
para mover esa nave.

—¿Me está diciendo que Zara, mentalmente, ordena al cerebro esclavizado y tratado con esos radioisótopos de fósforo que levante la nave y el cerebro actúa como un motor?

—Exactamente. Es un poder que nosotros no comprendemos y que en mínima escala

se ha utilizado en circos, pero ella lo emplea para mover su nave, para dominamos a todos, para desplazarse por el espacio. La energía mental que producen esos cerebros así tratados deja arcaicos a los motores nucleares. Hasta ahora, la parapsicología, en sus experimentos, había conseguido mover mesas, romper objetos a distancia, dar golpes, cosas mínimas, pero esa bruja con ese cerebro tratado y dominado, obtiene un poder incalculable, terrorífico.

De pronto, por la puerta de la nave que se hallaba sobre las testas de los moais de oro, cayeron despojos humanos al agua. Las pirañas rebulleron a su alrededor.

—Mire, ya ha descerebrado a uno de los hombres capturados. Estará ahí hasta que nos descerebre a todos.

—Descerebre y algo más, general.

—¿Qué más?

—¿Olvida que ellas, por sí mismas, no se pueden reproducir?

De súbito, uno de los hombres que estaba junto a la orilla se elevó en el aire.

Fue arrancado de la playa como por una grúa y, sin embargo, nadie lo tocaba. Se desplazó hasta la puerta de la nave y desapareció en su interior.

—¿Lo ha visto, Flashman, lo ha visto? Nada podemos hacer. Su poder es ilimitado, nos hace volar con la fuerza del cerebro que ya tiene en funcionamiento. Luego, pondrá el mío en su lugar y me convertiré en un motor psicoenergético.

—No tema, general Sandalox. Detrás de aquellos árboles hay una gruta. Allí tenemos el submarino de bolsillo con una mina de alto

poder. Cerraremos la entrada de la gruta si ella no se somete y jamás saldrá de aquí, porque la salida quedará obturada.

—¡Capitán Flashman, es usted un héroe! ¡Voy allá, voy allá!

Se alejó corriendo desesperadamente mientras Ald se acercaba a la playa y gritaba:

—¡Zara, Zara, Zara, soy Ald Flashman!

Un instante después, en la puerta de la nave apareció la bella mujer que le miró con fijeza. Telepáticamente, le dijo:

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Crees que puedes vencerme por segunda vez,

piensas que vas a engañarme de nuevo? Te llevaré conmigo, pero no como a los otros, tú eres muy especial. Rebajaremos tu orgullo, te humillaremos, serás un perrito complaciente para nosotras. Ese será tu castigo.

—No, Zara —le respondió Flashman, ahora telepáticamente—. Tienes que obedecerme tú a mí, o no saldrás jamás viva de aquí.

—¿Me desafías, Ald, me desafías, ridículo macho? ¿No sabes que las mujeres hace ya

mucho tiempo que os vencimos y somos superiores?

—Las mujeres sois superiores en unas cosas y los hombres en otras. La guerra de los sexos es una estupidez, pero ahora tienes que obedecerme.

Zara se rió abiertamente y su risa se extendió por el recinto, multiplicándose, mientras los hombres sometidos comían frutas o se tendían, indolentes, sobre la hierba.

No ofrecían ninguna resistencia al destino a que se les había condenado.

—¡Ald, Ald! —gritó Anatolia, que se acercaba corriendo. Ald se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—¡El general Sandalox está loco de miedo!

Ald observó entonces las tumefacciones en el rostro de Anatolia. Era obvio que la habían golpeado.

—¿Es ella quien viene a salvarte? —preguntó Zara sarcástica—. ¿Crees que una hembra va a salvarte, ridículo macho?

De súbito, la tierra comenzó a temblar.

Se extendió una oleada de calor y Ald empujó a Anatolia contra el suelo.

Los moais de oro oscilaron hasta derrumbarse y la nave alienígena cayó a la laguna al tiempo que, con la onda de calor y sonido, entraba una gran tromba de agua por la gruta, inundándolo todo rápidamente.

Ald se sintió como quemado, abrasado. Bendijo aquel agua que, les pasó por encima, cubriéndoles y escapando así al poder de la onda térmica.

—¡Loco, loco! —masculló.

De la techumbre de aquel paraíso encerrado bajo la tierra comenzaron a desprenderse enormes rocas, que aplastaron a los hombres que intentaban nadar. Otros eran atacados por las enfurecidas pirañas.

Otro gran bloque de piedra cayó sobre la nave que trataba de emerger del agua y volvió a hundirla.

—¡Ald, Ald! —chilló Anatolia.

—¡Aquí, aquí!

Ald nadó, tendiéndole la mano mientras las piedras llovían a su alrededor y el agua subía de nivel, amenazando con aplastarlos contra el techo.

El sol artificial continuaba suspendido en lo alto, iluminando aquella matanza.

Ald y Anatolia nadaron hasta una de las paredes y treparon por ella. El agua subía de nivel ahora más lentamente. Si miraban hacia arriba, veían cada vez más cerca aquel sol artificial, que acabaría abrasándolos, pues si seguían flotando en el agua, como si de boyas

se tratara, terminarían aplastándose contra él. Luego, el propio sol quedaría sumergido y quizá apagado, o haría bullir el agua.

—¡Ald, allí hay una grieta por donde se mete el agua!

Habían subido cientos de metros, nadando en ocasiones y agarrándose a las rocas en otras.

La nave de Zara, como si se hubiera inundado de agua al quedar la puerta abierta, sorprendida por el cataclismo provocado por la mina activada en el río subterráneo que era la única entrada de aquel lugar, no había vuelto a aparecer, seguía sumergida en el fondo de la laguna.

Ald, comprendiendo que si iban hacia arriba la muerte era segura, pues el agua del río amenazaba con cubrirlo todo, se arriesgó a introducirse por la gruta por la que iba metiéndose el agua, una gruta posiblemente abierta al desprenderse las rocas que allí habían anteriormente.

Primitivamente, aquel lugar había sido un volcán y, sin duda alguna, todo el gran hueco había sido aprovechado para construir el paraíso subterráneo, escondite de las naves de

las amazonas.

Al descubrirlo, les debió carecer un lugar seguro y lo habían utilizado como base para no ser detectadas en sus incursiones a la Tierra, efectuadas periódicamente a lo largo de los milenios.

A tientas, chapoteando, penetraron por una gruta ascendente. Luego descendieron y

escucharon el rumor del oleaje batiendo contra las rocas.

—¡Es el mar, Ald, el mar y no el río!

—Habrá que hacer una inmersión; no sé si resistiremos nadando hasta llegar afuera.

¿Te decides?

—¡Qué remedio, Ald!

—Vamos, nada delante de mí —le ordenó Flashman.

Se zambulleron en el agua salada que cubría la gruta a la que

habían llegado a través de la fisura abierta en la pared de la bóveda del santuario de los moais.

Nadaron por la gruta submarina hasta que a Anatolia comenzó a faltarle la respiración.

Ald lo notó y la empujó por los pies hacia delante.

Cuando parecía que iban a perecer, salieron a la luz y respiraron fuera del agua, flotando junto a un acantilado y no muy lejos de una pequeña cala en la isla de Pascua.

Abajo quedaba la gruta submarina que no tardaría en quedar repleta de agua en toda

su longitud.

Nadaron hasta la caleta y se tendieron en la arena boca arriba, mirando el sol cogidos de la mano. Aún no sabían que jamás volverían a ver al general Sandalox que había quedado atrapado en la gruta del río subterráneo, que se había derrumbado en un tramo demasiado extenso para darle tiempo a escapar.

—Ald...

—*Sí,* Anatolia.

—Zara ha muerto, ¿verdad?

—Seguro, ya no saldrá jamás de ahí abajo, aunque tampoco hay forma de comprobarlo. Es malo considerarse omnipotente. Siempre hay una forma u otra en que podemos ser destruidos por muy poderosos que nos creamos.

—Pero a lo lejos, quizá fuera de nuestro sistema solar, seguirá vagando libremente un planeta artificial, habitado por amazonas que un día derrotaron a los hombres.

—No lo sabremos nunca, pero si Zara era su última oportunidad para venir a buscar

hombres que garantizasen su reproducción, me temo que se irán haciendo viejas hasta morir. Su planeta quedará deshabitado porque un mal día quisieron matar a los hombres.

—¡Matar a los hombres, qué estupidez! —exclamó ella, abrazándole.

—¡Matar a las mujeres, qué barbaridad! —replicó él.

Ambos se fundieron en un beso apasionado, mientras el mar parecía bruscamente encabritado, como acusando la violencia que había tenido lugar en sus extrañas.

Desde lo alto de un peñasco, un pascuense les avistó y sonrió complaciente.

Una caleta solitaria, una pareja que se amaba, unas olas que espumeaban, un sol que brillaba… La vida seguía.

F I N